

LA SOMBRA DE PROMETEO

Octubre, 2026
Núm. VII Vol. IV

Dossier:

Los laberintos de la razón

Filosofía,
Literatura,
Arte y
Ciencia

Entrevista con
Ernesto Lammoglia

Rodrigo Villalobos Herrero, Justina Cabral, Alán Heiblum, Jorge Anteale Alvarado, Francisco José Audije Pacheco, Juan Aké, Jorge Rolando Acevedo, Percy Fernando Novoa Honorio, Wilman Martínez, Scardavino, Linda E. Arteaga Garibay, Damián Andreñuk, Eihir, Alejandro Zapata Espinosa, Carina Sosa Cáceres, Daniel Ricardo Jiménez Bejarano, Adam P. Astacio Velázquez, Eduardo Ruiz Cuevas, Genaro Valdovinos Andrade, Dante Acevedo, Karina Buenrostro, Jesús Adalberto Martínez Quintero, Ángel Chávez Cornejo.



Revista LSP

Una revista de la Editorial
La Sombra de Prometeo

WWW.LASOMBRADEPROMETEO.COM
WWW.REVISTA.LASOMBRADEPROMETEO.COM



REVISTA LSP

LA SOMBRA DE PROMETEO

DIRECCIÓN EDITORIAL EDICIÓN Y DISEÑO

EDUARDO RUIZ CUEVAS

COORDINACIÓN EDITORIAL

MARÍA FLORENCIA LABISTE

EDITOR Y COMMUNITY MANAGER

GENARO VALDOVINOS ANDRADE

FOTOGRAFÍA

FRANCISCO ISRAEL RUIZ CUEVAS

CONTACTO:

INFO@LASOMBRADEPROMETEO.COM

ISBN: 9798162815037

DOI: [10.5281/ZENODO.23571680](https://doi.org/10.5281/ZENODO.23571680)

CIUDAD DE MÉXICO, MÉXICO
OCTUBRE 2026
VOL IV, NÚMERO VII



Revista digital



Interactivo LSP

EDITORIAL

LA SOMBRA DE PROMETEO

ENCENDEMOS IDEAS.
TRANSFORMAMOS PALABRAS EN
FUEGO

©Todos los derechos reservados

Carta del editor

Queridos lectores:

Hay voces que nos acompañan mucho antes de conocer el rostro que las pronuncia. Para muchos de nosotros, la del doctor Ernesto Lammoglia fue una de ellas: salía de la radio por las mañanas, entraba en las cocinas y en las salas de miles de hogares mexicanos y nos enseñaba a nombrar lo que durante generaciones habíamos callado. Por eso, sentarnos frente a él fue mucho más que una entrevista: fue un encuentro con nuestra propia memoria.

Quiero expresar mi más profundo agradecimiento al doctor Lammoglia por habernos abierto las puertas de su casa y por recibirnos con una calidez que difícilmente olvidaremos. Entre libros, pinturas, fotografías familiares y recuerdos de toda una vida, conocimos no solo al psiquiatra, al criminólogo y al divulgador incansable, sino al hombre: al niño de Orizaba criado por sus abuelas, al joven que cantaba con la guitarra en las serenatas, al bailarín de son jarocho, al médico que asegura, con una humildad conmovedora, que todo lo que sabe se lo deben sus pacientes. Su lucidez, su memoria minuciosa y su generosidad hicieron de aquella tarde una conversación que uno desearía que no terminara nunca.

Agradezco también a su esposa, que nos acompañó durante el encuentro y compartió con nosotros detalles entrañables de su vida, y al doctor por el gesto, tan suyo, de dedicar uno de sus libros a mi madre, que durante años lo escuchó en la radio.

Este encuentro no habría sido posible sin Martha Méndez Monter, a quien expreso un reconocimiento muy especial. Su valioso apoyo fue decisivo para concretar esta entrevista, y su calidad humana y la calidez con que acompaña al doctor tendieron el puente que hoy nos permite compartir esta conversación con nuestros lectores. Gracias a ella, este número es una realidad.

Este número está dedicado al doctor Lammoglia. Es nuestro homenaje a una vida consagrada a escuchar el dolor de los otros y a devolverlo convertido en comprensión; a un hombre que, desde la psiquiatría, se atrevió a cuestionar los mitos de nuestra cultura, a nombrar el alcoholismo como enfermedad y a mostrar que el amor no tiene por qué doler. Muchos de nosotros, sin saberlo, crecimos con sus palabras. Hoy queremos devolverle un poco de lo mucho que nos dio.

Gracias, doctor, por todo lo que su voz ha significado para tantas familias mexicanas.

Atentamente,



Eduardo Ruiz Cuevas

Revista La Sombra de Prometeo

CDMX

Octubre, 2026

Guía para el lector

Este número de La Sombra de Prometeo está construido como un laberinto: puede recorrerse de principio a fin o entrar por cualquiera de sus puertas. Todas conducen al mismo centro, la pregunta por la razón humana, sus fracturas y las formas, a veces inesperadas, en que logra sanar. Los laberintos de la razón es nuestro homenaje al doctor Ernesto Lammoglia y una invitación a mirar de frente aquello que como sociedad aprendimos a callar.

Dossier: Los laberintos de la razón

El corazón del número es nuestra conversación con el doctor Ernesto Lammoglia, psiquiatra, criminólogo y divulgador que durante casi tres décadas acompañó desde la radio a miles de familias mexicanas. En su casa recorrimos con él su infancia en Orizaba, el suceso que definió su vocación, su formación en La Castañeda y en el Tribunal para Menores, y una vida acompañada por la música y el son jarocho.

Alrededor de esa voz se articula el dossier. La voz que nombró la herida sitúa al doctor junto a Samuel Ramos en la tradición de pensar al mexicano, pero desde la clínica. El macho herido lee sociológicamente su crítica al machismo, y Admitir la impotencia examina el alcoholismo como enfermedad y el lugar de Alcohólicos Anónimos en su obra. Carta a una voz recoge el testimonio de una radioescucha que aprendió a nombrar la violencia de su infancia. Cierra Los atajos sí existen, una reflexión sobre el oficio de narrar.

Artes

La pintura de Jorge Anteale Alvarado dialoga con el tema del número: un alienista que sostiene la fragilidad de la mente y una meditación sobre la vida y la muerte. Le sigue el mural dedicado al general Francisco J. Múgica en Tingüindín, Michoacán, la historia de un pueblo pintada sobre sus propios muros.

Literatura

La narrativa se pierde y se reencuentra en el laberinto de la mente. Hay un arquitecto que sueña con regalar la posibilidad de perderse, un paciente sin memoria en un sanatorio de niebla y un narrador que analiza a quienes analizan. Hay también un diagnóstico que obliga a elegir, una vecina que enumera por qué no abrió la puerta y un médico ante una decisión irreversible. Completan la sección relatos bíblicos reescritos con humor, una herencia y una culpa, una escuela fundada contra la corriente, una fábula sobre la muerte y una prosa experimental sobre la memoria.

Poesía

Del haiku al poema combinatorio que el lector arma eligiendo sus propios versos, voces de distintas latitudes exploran el espejo, la soledad, la memoria, la herida social y el amor.

La revista está disponible en versión digital interactiva, en PDF descargable y en tomo impreso a través de Amazon. Sugerimos comenzar por la entrevista y dejar que ella marque el camino, aunque en un laberinto no hay un único recorrido correcto.

Bienvenidos. Que cada lector encuentre aquí su propia salida.



Interactivo LSP

Hoy abrimos una puerta nueva en La Sombra de Prometeo:

interactivo.lasombradeprometeo.com

Aquí encontrarás las páginas que acompañan al número VII, Los laberintos de la razón. Son un espacio para recorrer la revista de otra manera: explorarla, jugarla, escucharla y responderle.

Todos los textos del número cuentan con audio. Puedes leerlos o escucharlos en voz alta, ya sea en el camino, en casa o con los ojos cerrados.

La primera entrada es el propio número convertido en laberinto. Cada pasillo lleva a un texto: el dossier, las artes, la literatura y la poesía. Puedes recorrerlo de principio a fin o entrar por la puerta que prefieras, porque todas conducen al mismo centro.

Dos de esos pasillos te piden algo más que leer. En «Descargo», el relato de Carina Sosa Cáceres, y en «Opciones múltiples», el poema de Scardavino, el texto se convierte en juego. Tus acciones forman parte de la lectura, y lo que decidas cambia la manera en que la obra se abre ante ti.

La segunda entrada está dedicada al doctor Ernesto Lammoglia, médico psiquiatra y criminólogo. Para varias generaciones de mexicanos fue la voz de la radio que se atrevió a hablar del alcohol, de la familia y de aquello que solía callarse. Aquí podrás:

- Escuchar la entrevista completa, realizada en su casa.
- Recorrer su línea de vida (1940–2026), contada como un dial de radio, capítulo por capítulo y con sus propias palabras.
- Viajar por su mapa: once lugares de México que lo formaron, del Golfo a la frontera con Belice.
- Consultar su diccionario: codependencia, negación, el macho, la familia alcohólica... las ideas que divulgó, explicadas en sus términos.
- Escribirle en Cartas a una voz, un muro donde publicamos los mensajes de los lectores después de leerlos.
- Encontrar recursos de ayuda: líneas gratuitas para el alcoholismo, el apoyo a familias, las crisis emocionales y la violencia familiar.

Queremos que la revista no termine en su última página, sino que siga conversando contigo. Pronto se sumarán más autores y números.

Gracias por acompañarnos en este laberinto.



La Sombra de Prometeo

CARTA DEL EDITOR Eduardo Ruiz Cuevas	3
---	---

GUÍA PARA EL LECTOR	4
---------------------	---

DOSSIER **LOS LABERINTOS DE LA RAZÓN**

ENTREVISTA A ERNESTO LAMMOGLIA Eduardo Ruiz Cuevas	11
---	----

LA VOZ QUE NOMBRÓ LA HERIDA Eduardo Ruiz Cuevas	34
--	----

EL MACHO HERIDO Karina Buenrostro Díaz	43
---	----

ADMITIR LA IMPOTENCIA Dante Acevedo	47
--	----

CARTA A UNA VOZ Una radioescucha	53
-------------------------------------	----

LOS ATAJOS SÍ EXISTEN. UN EJEMPLO PARA LA LITERATURA Genaro Valdovinos	57
---	----

ARTES

ALIENISTA CON CRÁNEO EN LAS MANOS Jorge Anteale Alvarado	62
---	----

LA VIDA Y LA MUERTE Jorge Anteale Alvarado	64
---	----

MURAL «AL GENERAL FRANCISCO J. MÚGICA Y SU MUNICIPIO» Jesús Adalberto Martínez Quintero y Ángel Chávez Cornejo	66
---	----

LITERATURA

EL ARQUITECTO Alán Heiblum	74
-------------------------------	----

EL PACIENTE 404 Eihir	76
--------------------------	----

LA RAZÓN ES UN LABERINTO Eduardo Ruiz Cuevas	80
---	----

SALOMÉ · RESIGNACIÓN · DINA Juan Aké Aké	84
---	----

DESCARGO Carina Sosa Cáceres	86
---------------------------------	----

EL DIAGNÓSTICO Wilman Martínez	89
-----------------------------------	----

LA DECISIÓN Damián Andreñuk	91
--------------------------------	----

LA MUERTE DE VICTORIA ROSEN Jorge Antele Alvarado	93
GIRAR LA RUEDA Lynda Arteaga	98
EL CUERVO Y LA MARIPOSA Francisco José Audije Pacheco	103
AÑILOS Alejandro Zapata Espinosa	105
<u>POESÍA</u>	
BORRA Y LUZ · MORDIDA Justina Cabral	109
ANALOGÍA (GRUPOS DE ALMAS) Jorge Rolando Acevedo	110
LABERINTO Jorge Rolando Acevedo	111
REFLEJOS · PELU, PROYECCIONISTA Rodrigo Villalobos Herrero	112
ENRIQUE Francisco José Audije Pacheco	113
MALVINAS ARGENTINAS Francisco José Audije Pacheco	114
SEIS VERSOS QUE NO SE QUEDAN QUIETOS Scardavino	116
OPCIONES MÚLTIPLES Scardavino	117
RESPIRACIÓN DE SOLES Daniel Ricardo Jiménez Bejarano	118
IRREDENTO Daniel Ricardo Jiménez Bejarano	119
DESTINO Adam P. Astacio Velázquez	120
MANIFIESTO: MÁS ALLÁ DEL MARGEN La Sombra de Prometeo	121

RECORRE EL LABERINTO (VERSIÓN MULTIMEDIA)
AUDIOS, JUEGOS, INTERACCIONES, HERRAMIENTAS Y CARTAS



Mi querido doctor:

Quiero compartir con usted los resultados de mi examen de titulación: obtuve un resultado sobresaliente.

Y quiero compartirlo especialmente con usted porque quizá no alcanza a dimensionar el enorme impacto que ha tenido en mi vida.

Desde que yo era muy pequeña, mi mamá escuchaba sus programas en la radio. Era un programa que ella no se perdía y yo, siempre que la escuela y mis actividades me lo permitían, lo escuchaba junto con ella. Recuerdo que desde entonces me parecía admirable lo que usted decía, la manera en que hablaba de las personas, de sus emociones y de sus problemas. Y siendo todavía una niña pensé: “Algún día voy a conocer al doctor Ernesto Lammoglia”.

También desde muy pequeña quise ser psicóloga, y hoy puedo reconocer que una parte importante de esa vocación nació escuchándolo a usted. En aquel entonces yo ni siquiera sabía que usted era psiquiatra; para mí, todo aquello que escuchaba pertenecía simplemente a “la psicología”, y yo quería dedicarme a eso.

Pasaron los años. La vida tomó otros caminos y me dediqué a muchas otras cosas que usted bien conoce. Pero aquella idea nunca desapareció del todo.

Y hoy, después de tantos años, después de todo lo vivido y aun atravesando la enfermedad de estos últimos años y viviendo con una ostomía, puedo decirle que lo logré: soy psicóloga.

Me habría encantado ser psiquiatra como usted, pero bueno... ¡aquí está el título de Psicología! Y detrás de él hay también un pedacito de aquella niña que lo escuchaba en la radio y soñaba con algún día conocerlo y dedicarse a ayudar a las personas.

Por eso quería darle las gracias.

Gracias por haber sido una inspiración desde mi infancia. Gracias por ser mi psiquiatra y también el de mi hijo. Gracias por todo lo que sus terapias han transformado en mi vida. Gracias por su enorme preparación, por su calidad humana y por la huella que ha dejado en mi corazón.

Lo admiro profundamente.

Y hoy quiero compartirle este resultado con muchísimo orgullo, pero también como una manera de mostrarle algo que quizá quienes dedican su vida a los demás no siempre tienen oportunidad de ver: la cosecha de algunas de las semillas que sembraron.

Aquí tiene una de ellas.

Hoy, a mis 52 años, finalmente soy psicóloga. Y una parte de esta historia comenzó hace muchísimos años, frente a un radio, escuchándolo junto a mi mamá.

Gracias, mi querido doctor Ernesto Lamoglia, por haber formado parte de este camino incluso mucho antes de que usted supiera que yo existía.

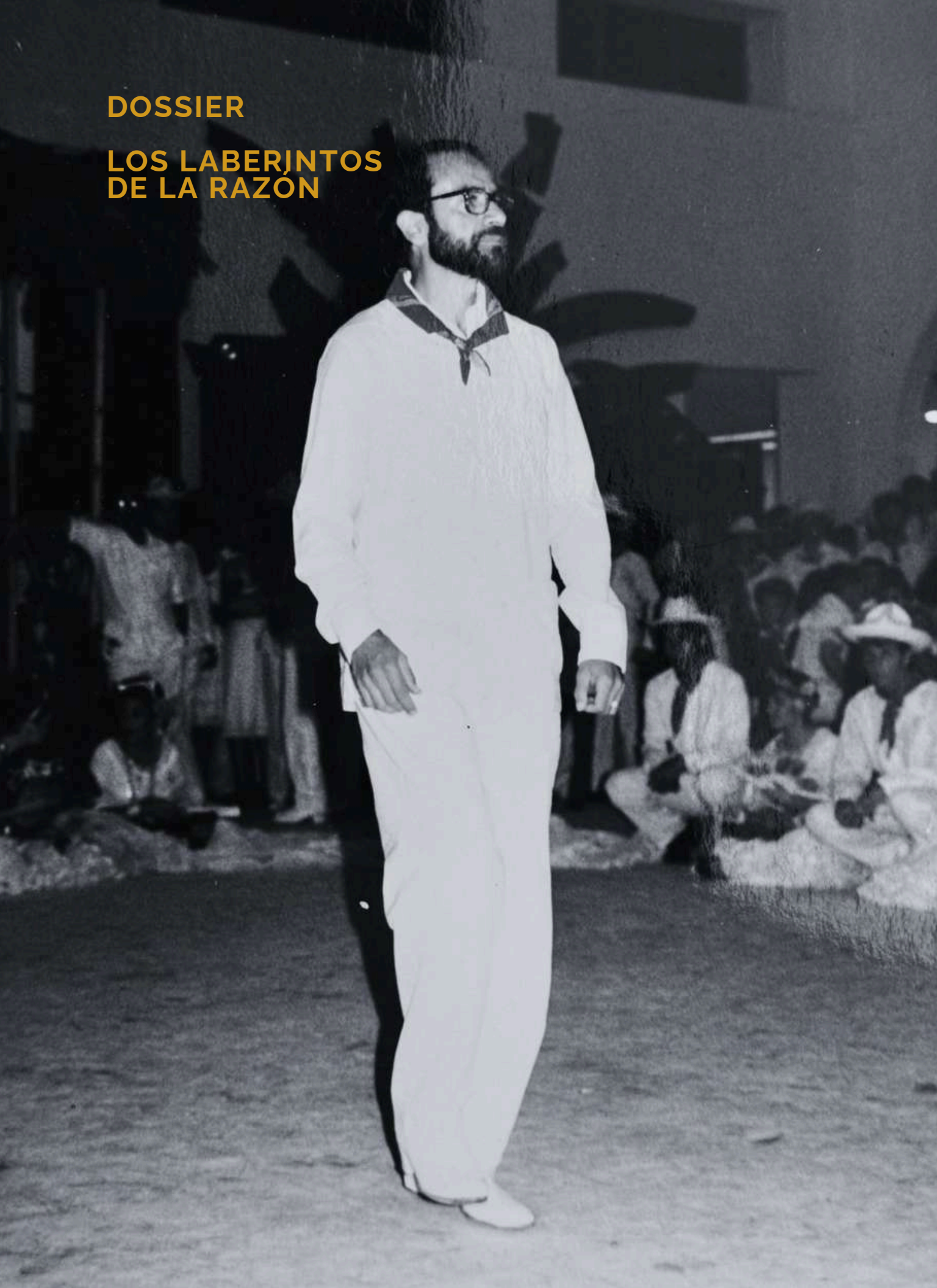
Le mando un abrazo enorme, con todo mi cariño, admiración y agradecimiento.

Abigail



DOSSIER

LOS LABERINTOS
DE LA RAZÓN



ENTREVISTA A ERNESTO LAMMOGLIA

LAS VOCES DE PROMETEO



EDUARDO RUIZ: Un cordial saludo. Estamos en Las voces de Prometeo y en esta ocasión entrevistamos al doctor Ernesto Lammoglia. Antes de iniciar esta conversación quiero dedicar unas breves palabras a la gran persona que es el doctor: hay hombres que construyen monumentos de piedra para ser recordados, y hay hombres que dedican su vida a reconstruir mentes destrozadas para que otros puedan vivir en libertad. Lo digo desde mi propia experiencia: yo crecí escuchando al doctor Ernesto Lammoglia. Hoy, antes de venir, doctor, mi madre me pidió que le mandara muchos saludos y su agradecimiento.

ERNESTO LAMMOGLIA: Muchas gracias, muchas gracias.

EDUARDO RUIZ: Me gustaría que empezáramos por platicar cómo surge el doctor Ernesto Lammoglia. A lo largo de su carrera usted ha analizado magistralmente las fracturas del alma y de la mente humanas. ¿Qué lo llevó a acercarse a la psiquiatría y a la criminología? ¿Cuál es esa génesis, doctor?

ERNESTO LAMMOGLIA: Lo he contado en algunas ocasiones en la radio, donde tuve la oportunidad de participar durante 29 años continuos, y en la última época también en la televisión, aunque antes había participado en algunos programas, cuando el Canal 13 todavía no era propiedad de quien lo es ahora. Pero bueno, yo creo que las cosas surgieron de manera



muy natural, como una serie de coincidencias muy peculiares.

Soy el segundo de los hijos de una pareja relativamente joven: mi madre tenía 19 años cuando nací. Nací en la ciudad de Córdoba, Veracruz, aunque, por decirlo de alguna manera, me habían concebido en Orizaba, que está a unos 20 kilómetros. Mi padre era de Orizaba y mi madre de Córdoba: ciudades rivales, como suele suceder en provincia, pero que entre las dos consolidaban una amistad y una cultura regional muy peculiares.

Mi madre era hija de un médico militar de las primeras generaciones. Mi abuelo era de Lerma, en el Estado de México; se llamaba Crescencio Ruiz Sánchez y le decíamos Cheno. Es decir, yo tuve un abuelo Cheno, como después lo tuvo alguien que sí es realmente importante. Mi abuelo ejerció como médico militar al salir del Colegio Militar. En una voladura de tren de la que se salvó, afortunadamente, por haberse quedado a cuidar a su madre en Lerma, decidió despedirse del ejército. Se fue a Córdoba, allá conoció a mi abuela y se casaron en 1918. Puso un sanatorio que llegó a ser el más grande de la ciudad, en un lugar muy hermoso, en una de las dos casas más bonitas de Córdoba de hace cien años, digo yo.

Y yo nazco ahí. Aunque todo el mundo dice que soy orizabeño, en realidad nací en Córdoba, en el sanatorio de mi abuelo y atendido por él. Pero a los pocos días de nacido me llevaron de regreso a Orizaba, y casi toda mi niñez y juventud transcurrió en parte en Orizaba y en parte en Guadalajara, como ya les comentaré. Crecí en una familia relativamente conservadora, de las familias tradicionales del estado de Veracruz, que todavía tenían cierto clasismo. En mi casa no lo percibí tanto, pero Orizaba era una población tradicionalmente muy clasista.

¿Por qué? Porque Orizaba fue la primera ciudad industrial del país en el siglo XIX. Es una ciudad llena de agua, de ríos pequeños de aguas transparentes, maravillosos, que desembocan en una cañada donde confluyen y forman el Río Blanco, que va a dar a la laguna de Alvarado. Nacen en Acultzingo y bajan bordeando toda la sierra oriental. Orizaba está en un valle muy pequeño, de apenas 25 kilómetros cuadrados, pero ahí confluyen todos esos ríos. Eso atrajo la visión de muchos ingleses y franceses, sobre todo conservadores, antes y después de la Reforma. Orizaba fue una ciudad muy conservadora: fue la primera que, en el camino del puerto de Veracruz a México, le rindió homenaje a Maximiliano, a quien

habían recibido muy secamente en el puerto.

Eso hizo que las fábricas que se construyeron allá tuvieran un auge tremendo, porque tenían la energía suficiente: esas aguas que descendían por el río fueron entubadas y llegaban a plantas de luz propiedad de las empresas. Por eso Lucas Alamán construye en Orizaba la primera gran planta textil, que se llama Cocolapan. La palabra Orizaba proviene del náhuatl Ahuilizapan: «la ciudad de las aguas alegres». El nombre se fue hispanizando hasta quedar en Orizaba. Y, curiosamente, a los orizabeños los cordobeses nos dicen chayoteros. Eso ya es un problema en estos tiempos, ¿verdad?, que a uno le digan chayotero. Pero nosotros, los chayoteros en el buen sentido de la palabra, crecimos en una ciudad maravillosa, pequeña y armónica, antes de que un temblor en 1973 la destruyera y le quitara su fisonomía: tejados de teja, valga la redundancia, y calles rectas, armónicas, muy bien trazadas.

Aunque no tuvo propiamente una traza colonial, Orizaba se formó de una manera muy peculiar. Antes de la llegada de los españoles ya confluían ahí diferentes etnias, derivadas de los mexicas y de los chichimecas, que llegaban precisamente por la abundancia de agua. Junto a Orizaba están Río

Blanco, Nogales y Santa Rosa, pegaditos, separados apenas por una calle.

En Nogales, donde también hay nacimientos de agua preciosos, se instaló el primer ingenio de azúcar del continente americano. Los primeros ingenios de América estuvieron en la isla de Santo Domingo; no fue, entonces, el primero de América, pero sí el primero del continente.

Antes de las fábricas, toda la región era muy interesante porque fue la que empezó a producir lo que yo llamo «los postres». Ahí llegó el café, traído también por los españoles. Ahí se empezó a producir tabaco: el estanco de tabaco —el estanco es lo que ahora llaman estanquillo, pero en grande— era el almacén de tabaco más grande del país, y estaba en Orizaba. Por cierto, fue muy famoso que durante la guerra de Independencia, en 1812, llegó el generalísimo Morelos a ocupar la plaza y quemó el estanco de tabaco, que era el que daba los mayores ingresos de la región a la Corona española.

También se producía caña de azúcar. El azúcar, el tabaco y el café son los postres, por decirlo así. Y precisamente con la caña, que trajeron los españoles a Cuba y luego a tierra firme, llegaron los primeros esclavos negros a

México. No llegaron a la cuenca del Papaloapan ni a la Costa Chica de Guerrero y Oaxaca: llegaron a Orizaba y a Córdoba. Hay dos o tres libros maravillosos sobre las haciendas azucareras de Córdoba y de Orizaba, algunos escritos por una mujer muy destacada de una familia muy prestigiada de Córdoba.

Todo eso le da a la región una configuración muy universal: españoles, ingleses y franceses que llegaban a las fábricas; alemanes que fundaron la cervecería que después se llamó Cervecería Moctezuma; inmigrantes italianos que, a finales del XIX y principios del XX, llegaron a hacer lo que sabían: curtir pieles, la marroquinería, y las panaderías. Era una población pequeña donde había mexicanos originarios que hablaban náhuatl, otros que hablaban totonaco y otros chichimeca, además de las migraciones de Oaxaca y de Puebla que llegaron a trabajar a las fábricas: zapotecos y mixtecos de la Mixteca Alta, de donde eran, por ejemplo, una de mis abuelas y las tías abuelas que me criaron, indígenas puras de la Mixteca oaxaqueña. Por ahí hay una foto que podemos ver.

Yo les digo a algunos de mis hijos, que a veces se quieren sentir no sé qué: «Miren a esas tres mujeres indígenas; ellas fueron las que me criaron». Porque mi mamá era muy jovencita, mi papá tenía recursos, y

se dedicaron a vivir. Así que a mí me criaron mis abuelas y mis tías abuelas.

¿Qué produce eso en un niño, en un universo tan polifacético, por llamarlo de alguna manera? Pues uno crece tratando de definir a qué pertenece, ¿verdad? Yo tenía un apellido italiano, pero vivía con mis abuelas indígenas. Si estábamos con mis abuelas o mis tías, teníamos una forma de comer; si nos tocaba vivir por alguna razón en casa de mi abuelo, había que comer espagueti, comer muy bien, sentarse correctamente. Y veía a mi abuelo y a mi papá tomar vino a diario, y cerveza que les mandaban de la cervecería con su nombre, y jamás tuvieron un problema de embriaguez. Eso empezó a definir una buena parte de mi vida: percatarme de que había personas que podían beber de manera correcta y nunca tenían ningún problema con su forma de beber.

Y, por cierto, la primera vez que yo tomé fue en una serenata del Día de las Madres con mis compañeros de escuela. Yo estaba en la Escuela Técnica Textil e Industrial de Río Blanco, Veracruz, una escuela para hijos de obreros frente a la fábrica de Río Blanco, donde además se dio el primer movimiento obrero, en 1907. Estaba impregnado de un sindicalismo contrario al sindicalismo oficial y, como acababan de expulsarme, andaba

muy sensible. Llevamos la serenata; yo iba tocando la guitarra y cantando, y me dieron una copita «para afinar la voz». Me fue de la patada, al grado de que tuve una laguna mental. Ya no supe qué pasó hasta que desperté a las ocho de la mañana: me estaban bañando en la fuente de un parquecito en la esquina de la casa de mis papás. «¿Qué pasó?», pregunté. «¿Cómo es posible que no te acuerdes? Hiciste barbaridad y media: en casa de fulano hiciste aquello, y en la de fulanito te orinaste en la mesa de centro de la sala».

Yo no quise salir de mi casa, porque no entendía cómo era posible que el cerebro de un ser humano que funciona, digamos, normalmente, con una copa —no deben haber sido ni dos— a los 15 años de edad pudiera dar origen a un cambio de conducta tan trascendente, tan brutal, ¿verdad? Esa fue una de las dos situaciones que me llevaron a dedicarme a la psiquiatría.

La otra fue anterior. Yo tenía entre nueve y diez años e iba a la casa de mi abuela, la oaxaqueña, que estaba casada en segundas nupcias con un ferrocarrilero. Se había separado de mi abuelo porque él, que era italiano, se fue a la guerra en 1914, regresó a Italia y, además de los cuatro años que duró la guerra, se quedó otros cuatro recorriendo los Balcanes y haciendo de mujeriego: era un hombre muy atractivo y muy

halagado. Mi bisabuela mandó decir que mi abuelo estaba en la lista de los muertos y, como habían pasado cuatro años más tras la guerra, mi abuela, convencida de que él había muerto, se volvió a casar. Llega mi abuelito y encuentra a su esposa casada.

Entonces el macho italiano y poderoso, entre comillas, le quita a mi papá y a mi tío Ernesto, y se lleva a mis tías, que le servían como si fueran sus súbditas: mis tías indígenas al servicio del europeo. Yo tengo esa crianza totalmente mestiza, y esa fue siempre mi dualidad: lo mexicano o lo europeo, porque además así era Orizaba. O eres «chichimeco», como nos decían, o tienes una sangre diferente, ¿no? Y en esa dualidad viví muchísimos años.

¿Cuál fue la otra razón para estudiar psiquiatría? Primero, toda la familia de mi mamá. Mi abuelo materno, ya le dije, egresado del Colegio Militar, de la primera generación, el que puso el sanatorio, tuvo cinco hijas: mi mamá y otras cuatro, todas, excepto mi madre, casadas con médicos. Así que la familia de Córdoba era de puros médicos y la de Orizaba era de comerciantes: mi otro abuelo tenía una gran zapatería y sombrerería, y había sido administrador de una fábrica textil, la de Santa Rosa.

Esa otra dualidad también influyó

mucho en mi conducta. Tenía que saber siempre si me portaba como indígena o como querían mi papá y mi abuelo: bien portado, bien sentadito, porque para mi papá ser educado era comer bien, vestirse bien y no ensuciarse. Y para nosotros la educación era estar en el campo, caminar en el monte, andar con los indígenas, comer pinole, memelitas, la comida regional.

Mi madre pensó que yo tenía que aprender algo de inglés, a pesar de que en esa época los veracruzanos, cuando menos en el Sotavento, odiábamos a los gringos. Yo todavía soy totalmente antiyanqui, y más ahora con este personaje. Así que me mandó a una academia de inglés que quedaba a la vuelta de la casa de mi abuela. Al salir de la clase pasaba a ver a mi abuelita, que, casada con un ferrocarrilero jubilado y para juntar unos centavos porque no tenían recursos, rentaba la casita a muchachos indígenas de Zongolica.

Había ahí un muchacho que se llamaba Francisco Aguas Hernández, Pancho Aguas. Un día cualquiera, yo había salido de la clase de inglés a las ocho de la noche y mi abuela me mandó a mi casa con Pancho, que tenía uno o dos años más que yo. Mi casa quedaba a tres cuadras, por una avenida muy importante de Orizaba, pasando frente a lo que hoy es el

palacio municipal y que entonces era el centro educativo obrero, porque en Orizaba todo era obrero: los círculos, las cooperativas, las escuelas, todo.

Íbamos caminando cuando hubo un apagón: se fue la luz de la calle justo cuando cruzábamos frente al actual palacio municipal. Estaba oscuro, vimos las siluetas de dos hombres y de repente tres fogonazos, tres disparos. Estaban baleando a un líder sindical en la puerta de su casa, a unos diez o doce metros de donde estábamos. Yo no entendía exactamente qué estaba pasando. Los asesinos voltearon. Y entonces sale la madre del muchacho y él, agonizando en sus brazos, tiene con ella un diálogo que me impresionó mucho: «Ahora sí ya me mataron, mamá». Lo tuve siempre muy presente y lo trabajé mucho en terapia, porque condicionó plenamente mi vida, y por eso me dediqué después a la psiquiatría.

Los tipos voltearon y nos vieron a Pancho Aguas y a mí, pero estaba oscuro por el apagón. Salieron corriendo por una calle perpendicular, y vi que pasaba un gendarme con su fusil detrás de ellos. Yo me quedé impactadísimo, paralizado, con la boca seca. En la esquina había un zapatero remendón al que le decíamos don Juanito. Llegó y me dijo: «Niño, ¿qué les pasa? Estás muy asustado, mira,

estás verde. Corre a tu casa». Todos nos conocíamos; vivíamos a dos o tres cuadras. «Dile a tus papás que te den un trago de algo o un bolillo para el susto».

Llegué espantadísimo, eran las ocho y cuarto, y les conté a mis papás. «Ay, toma esto», y quién sabe qué más. «Pero ¿qué fue lo que pasó?». Pues esto y esto y esto. En esos momentos el director de la policía municipal de Orizaba era un capitán de marina, de apellido Niembro, amigo de mi papá, para variar, porque siendo jefe de la policía pertenecía a la aristocracia pueblerina a la que mi papá quería pertenecer. Para entonces ya había corrido el revuelo de que habían matado a ese muchacho, y mi papá, para pararse el cuello, no sé por qué, fue y le dijo al capitán Niembro que yo lo había visto todo.

Me mandó llamar el capitán y le conté lo que vi. Con mis declaraciones lograron detener unos días después a los sicarios — entonces no se les decía sicarios —, y también al policía, porque yo había dicho que no hizo nada; sí, cómo no, salió corriendo detrás de ellos con el fusil. Y me llevaron a carearme con ellos, así como estamos nosotros ahorita. Yo estaba por cumplir diez años; había entrado muy chico a la escuela. Claro, estaba asustadísimo y pensaba: «Me van a matar a mí, ¿verdad? Porque estoy declarando». Pero

fueron ellos dos: les vi la cara con los fogonazos, después de que nos vieron. Me acuerdo de cómo me miraban, de cómo iban vestidos; uno traía una chamarra de cuadros amarillos.

Empecé a desarrollar, a los diez años más o menos, un terrible miedo a salir de noche y no podía dormir. Ahora sé que eso se llama estrés postraumático. Y, como una coincidencia maravillosa de las que me han pasado en la vida, el manicomio del estado estaba en Orizaba, en un antiguo convento de monjas, junto al templo de la Concordia y el palacio de San Felipe Neri. Mi madre, hija y cuñada de médicos, me llevó con el psiquiatra.

Trabajaba ahí Víctor Concha, que después se puso Víctor Manuel Concha, no sé si por el rey de Italia: un hombre maravilloso que definió mi vida profesional. Entré a terapia con él y literalmente me fue cambiando la visión de las cosas. Fue entonces, a los diez años, cuando me prometí a mí mismo, y se lo dije a mi madre: «De grande voy a ser psiquiatra, como el doctor Concha, y me quiero dedicar a los crímenes, a la criminología». Yo no sabía bien qué era eso, pero sentía que no podía ser que uno viera cómo asesinaban así a un hombre joven y que eso le causara a un chamaco como yo un trauma que no sabía cuánto iba a durar.

EDUARDO RUIZ: Doctor, es muy interesante todo este recorrido: su ciudad natal, esas aguas alegres, la vida contemplativa de un niño curioso que observa el mundo, la dualidad entre un origen europeo y un origen indígena...

ERNESTO LAMMOGLIA: Sí, así es.

EDUARDO RUIZ: ...nuestro mestizaje tan mexicano, que también nos acompaña. Y después esa situación contundente que lo lleva a definir su destino. Podemos decir que, a lo largo de esta travesía, el doctor Ernesto Lammoglia ha ido enfrentando esa dualidad...

ERNESTO LAMMOGLIA: Sí, claro, claro.

EDUARDO RUIZ: ...de mil maneras, y a veces incluso con la curiosa oposición de la familia, ¿no?

ERNESTO LAMMOGLIA: Obviamente, mis tías oaxaqueñas eran muy mochas. A mis hermanos y a mí nos llevaban a ofrecer flores, a misa y al rosario, y nos hicieron monaguillos. Siendo monaguillo, entre los diez y los catorce años, me percaté de algunas conductas impropias, por decirlo de alguna manera, de los sacerdotes del templo donde servía, que tenían consigo a sus «sobrinas», las que los cuidaban y les daban de comer. Yo ya empezaba a despertar al erotismo y a la relación entre hombre y mujer, y

empecé a ver que ahí había más de una relación que supuestamente no estaba permitida.

ERNESTO LAMMOGLIA: Esa prohibición viene desde san Agustín, que fue un mujeriego: tuvo tres uniones formales y, ya a los 42 años, estuvo con una niña de 14; después fue obispo de Hipona, en la costa norte de África, y fue quien decidió que hubiera celibato entre los sacerdotes. Eso es lo que ha dado origen a la pederastia y a la homosexualidad que se acostumbra en los seminarios y entre muchos sacerdotes durante los siglos siguientes, sobre todo después del siglo XV.

Eso también determinó mucho de lo que empecé a hacer. A los once años, ya estando en terapia, después de haber estudiado en una escuela modelo, la Escuela Modelo Ignacio de la Llave —el héroe de la Reforma que, como gobernador de Veracruz, le dio su apellido a Orizaba; ahora se escribe Orizaba de la Llave—, empiezo a cambiar mi ideología. ¿Por qué? Porque a partir de los once años mi convivencia fue con hijos de obreros de las fábricas textiles de Río Blanco, Nogales y Santa Rosa. Y los choques eran así como... hñjele.

EDUARDO RUIZ: Doctor, viéndose a sí mismo y contándonos todo esto de una manera tan novelesca, tan narrativa, tan bella, ¿qué le diría hoy

a ese niño de nueve, diez, once años que fue usted?

Bueno, yo me acuerdo de que me decía a mí mismo: «Tienes que aprender a decidir a qué perteneces». Decidir. Tenía que llegar a la escuela, que además era militarizada —yo fui después sargento de la banda de guerra, y luego mi hermano—, y me comportaba y hablaba de una forma con mis compañeros de escuela. Pero en Orizaba tenía otro tipo de amigos: unos tocábamos el piano, otros el violín, algunos el saxofón, nos gustaba la ópera y nos reuníamos en un viejo molino de trigo padrísimo, el molino de La Alianza. Uno de ellos era güerito; el otro amigo era hijo del primer director de Syntex.

La primera fábrica de Syntex se construyó junto al balneario de Ojo de Agua, que cuidaba mi abuela oaxaqueña junto con su esposo. Antes había 34 nacimientos de agua y quedaron solo 14. Es un balneario de aguas heladísimas, rodeado de ahuehuetes que ya se han caído.

Y, curiosamente, en 1938 —yo nací en 1940— el general Cárdenas fue a resolver un conflicto obrero entre los sindicalistas oficialistas —el equivalente a los «chuchos» de hoy —, que estaban en la CROC de la Cervecería Moctezuma, y los de la CROM, que estaban en las fábricas textiles. Lo llevaron a nadar al

balneario, porque al general le gustaba mucho el agua fría, y quedó muy contento. Entonces le pusieron al balneario donde trabajaba mi abuelita una cartela de mármol: «Balneario Cuauhtémoc Cárdenas». No sé cómo no rescaté esa placa.

Ayer vi una foto impresionante del ingeniero Cárdenas, que ya está muy viejito; es primo hermano de una tía de mi esposa. Cuando murió ese tío, me acerqué al ingeniero y le pregunté si sabía que el balneario de mis amores, donde yo iba a nadar, donde me crié con mi abuela y mis amigas indígenas que hacían memelitas, se llamaba Cuauhtémoc Cárdenas. Ni siquiera lo sabía.

EDUARDO RUIZ: Vaya, sí que es toda una travesía visual, doctor. Muy hermosa.

ERNESTO LAMMOGLIA: Y lo que ve uno al ser caminante, lo que ahora llaman senderista. Yo caminé, subí y bajé por todos los cerros de la región, y a los 14 años presumía de ser el mejor excursionista no solo de Orizaba, sino de toda la región, por todo cerro que recorrí. Eso me permitió también conocer las poblaciones indígenas de habla náhuatl —había muy pocas con otra lengua, ya muy cerca de la sierra mazateca, donde se hablaba mazateco—. En toda esa pequeña cuenca, se hablaba náhuatl.

Para que vea el impacto que tuvo: mis hijos tienen nombres mexicanos. Mi hijo mayor se llama Tonatiuh, que es un nombre náhuatl; el segundo se llama Balam, que es un nombre maya, y la tercera se llama Xanat, que es un nombre totonaco.

Pero imagínese a esos niños con esos nombres y con un apellido italiano. Antes, cuando uno hablaba de larga distancia: «¿Cómo se llama usted?», y había que deletrear: «L-A-M-M...». Al segundo yo le quería poner Xbalanqué, un personaje mitológico maya. Balam es el jaguar, el tigre, pero también el curandero; Xbalanqué sería algo así como el hijo del curandero, el hijo del médico, el hijo del chamán. Pero luego pensé: «¿Cómo le van a decir a este pobre criatura cuando haga una llamada?». [Risas].

EDUARDO RUIZ: Fíjese que eso es muy interesante, doctor, para retomar algo que platicábamos antes de iniciar la charla, sobre la riqueza que se observa en su trayectoria. Comentábamos que El perfil del hombre y la cultura en México, de Samuel Ramos, y luego El laberinto de la soledad, de Octavio Paz, que tomó mucho de aquí y de allá, hacen una radiografía de la sociedad y de la psique mexicanas. En su trayectoria yo observo una analogía con lo que hicieron estos pensadores, una analogía que pasa por el análisis de

la mente, de las costumbres, de esta dualidad y de esta complejidad: nombre indígena y apellido europeo, nuestro mestizaje, nuestra historia.

Todo lo que usted nos cuenta es un recorrido histórico por los varios Méxicos que hay: el México industrial, el México de los paisajes. Toda esa complejidad, que a primera vista se ve hermosa, también nos lleva, retomando a Octavio Paz, a muchos laberintos de nuestra identidad. Por eso me place mucho tener este acercamiento para preguntarle, doctor: ¿cómo considera usted su participación y su trascendencia al ir detonando y desenmarañando muchos de los mitos de la cultura mexicana? Después de ese recorrido por Orizaba, usted llega a la Ciudad de México y comienza a ver otra realidad...

ERNESTO LAMMOGLIA: No, no llego a la Ciudad de México así nada más. A mí me corren de la escuela de textiles porque empiezo a tener una militancia ideológica —no sé si decirle de izquierda— en un mundo sindicalista, con profesores sindicalistas. Pero el director de la escuela no era sindicalista: era de Orizaba y había sido portero del equipo de la Asociación Deportiva Orizabeña, la ADO. Para nosotros ADO era eso, el club deportivo, no los autobuses. La escuela estaba hecha con las características de la

fábrica que tenía enfrente: los talleres, los techos, todo era como de fábrica, como galerones. En una esquina de un galerón estaba primero de secundaria, prevocacional le llamaban, y a la vuelta, dos o tres salones de segundo y tercero. Yo estaba ya en tercero, creo; no me acuerdo bien. Estaban arreglando el salón y había afuera unos costales de cemento. Yo era un niño muy «guerrista», como se decía entonces. En la casa era superbienportado, porque ahí tenía que ser como querían mi papá y mi abuelito: bien portado, porque eso era ser educado.

Pero la educación está afuera, cuando uno sobrevive afuera. De mis dos hijos, el más educado es el que se crió literalmente en la calle, y ahora tiene dos maestrías y dos doctorados. El otro era muy bien portado, pero le daba miedo salir a la calle. Decían: «Ay, Tonatiuh está muy bien educado, muy correcto», y Balam andaba quién sabe cómo, sin calcetines, con la patineta. Y es el que sobrevivió de una forma extraordinaria y maravillosa; es un hombre muy exitoso.

Me corren porque en una pequeña batalla campal en el salón me aventaron unos huevos, me agarraron a huevazos. Yo había llevado una bolsita con pitayas para comer —pitayas, no pitahayas; las pitayas son las rojas—. «Estos desgraciados me mancharon», dije,

y me dieron una tunda porque les había aventado las pitayas. Salí bien enojado, agarré el costal, que ya tenía muy poquito cemento, se los eché y me fui. Expulsado definitivamente, no por tres días. Y entonces mi papá me corre de la casa.

Me acuerdo de que llegué todo asustado a la hora de la comida. Siempre comíamos a la misma hora, porque había que dormir la siesta: los comercios cerraban a las dos y abrían a las cuatro, y se comía a las dos y media. Les dije a mi papá, a mi mamá y a mis hermanitos, que estaban ahí, que me habían expulsado de la escuela. Mi papá me dijo quién sabe cuántas cosas, pero lo que más recuerdo es esto: «Pues a ver qué haces, pero no vuelves a comer en esta casa hasta que traigas para tragar, cabrón». Ya me había dicho muchas otras groserías por mi timidez de chamaco: que tenía corazón de pollo, que por qué no era como mis hermanitos, por qué era tan tímido. Porque yo era un muchacho de leer; eso no faltó que me lo dijera.

Yo era un lector apasionado de muchas cosas, muchas de ellas relacionadas con la literatura latinoamericana, que estaba empezando su boom, y con el cuento mexicano. A Juan Rulfo lo leí pronto, aunque no entendía casi nada, ¿no? A Francisco Rojas González, a Ricardo Pozas. Todo

EL MACHO HERIDO

KARINA BUENROSTRO DÍAZ



Durante buena parte del siglo XX, el macho mexicano fue más un personaje que un problema. Lo construyeron el cine de la Época de Oro, la canción ranchera y el ensayo de identidad nacional: Samuel Ramos lo leyó como compensación de un sentimiento de inferioridad y Octavio Paz lo convirtió en la figura cerrada del «chingón», invulnerable y ajeno. En ambos casos se trataba de una interpretación cultural de alto vuelo, escrita desde la filosofía y la literatura, que describía al macho pero rara vez preguntaba por sus efectos concretos sobre quienes vivían con él.

La sociología tardó en desplazar la mirada del arquetipo a la práctica. Fue hasta los años noventa cuando, impulsada por el movimiento feminista y por los primeros estudios sobre masculinidades, la discusión comenzó a hablar de relaciones de poder dentro del hogar, de violencia como mecanismo de control y de la masculinidad como una construcción social y no como una esencia. En ese momento de transición, y desde un lugar poco habitual para la academia —el consultorio psiquiátrico y la radio comercial—, Ernesto Lammoglia



publicó *El triángulo del dolor: abuso emocional, estrés y depresión* (Grijalbo, 1995). Propongo leer ese libro como un documento sociológico involuntario: un testimonio de cómo el machismo comenzó a nombrarse, en el espacio público mexicano, como fuente de sufrimiento y no como rasgo pintoresco del carácter nacional.

El título condensa la tesis. El abuso emocional, el estrés y la depresión no aparecen como padecimientos aislados, sino como vértices de una misma figura: el maltrato cotidiano genera una tensión sostenida, y esa tensión termina por erosionar la salud mental de quien la padece. Lo relevante para el análisis social es dónde sitúa Lammoglia el origen de ese triángulo: no en una predisposición individual ni en la «debilidad» de la víctima, sino en una relación, casi siempre familiar o de pareja, organizada en torno al dominio.

El libro procede como procedía su autor en la radio: a partir de testimonios. Las voces de mujeres que describen el control, la humillación, los celos, el silencio castigador o la descalificación constante componen un corpus que, leído hoy, tiene algo de archivo etnográfico de la vida doméstica mexicana de fin de siglo. Su aportación central fue ampliar el campo de lo que se reconocía

como violencia. En un país donde el maltrato solo era visible si dejaba marcas, Lammoglia insistió en que hay agresiones que no tocan el cuerpo y que, sin embargo, destruyen a la persona.

En ese marco aparece su crítica al macho. A diferencia del ensayo de identidad, que lo contemplaba como símbolo, el psiquiatra lo describe como agresor y, al mismo tiempo, como sujeto herido: un hombre inseguro, formado en familias donde la violencia era el lenguaje habitual, que necesita controlar para no sentirse disminuido y que encuentra en el alcohol, la infidelidad o el grito una forma de sostener una virilidad frágil. Ocho años después, *El amor no tiene por qué doler* (Grijalbo, 2003) prolongó esa línea hacia los jóvenes, con el propósito explícito de prevenir las relaciones destructivas antes de que se consoliden.

Leído desde la sociología, el planteamiento de Lammoglia anticipa varias ideas que la teoría de género formalizaría en esos mismos años. La primera es que el machismo no es una conducta individual, sino una estructura que se reproduce. Cuando el psiquiatra rastrea la violencia del hombre adulto hasta la casa donde creció, está describiendo lo que Pierre Bourdieu llamaría, en *La dominación masculina* (1998), la incorporación

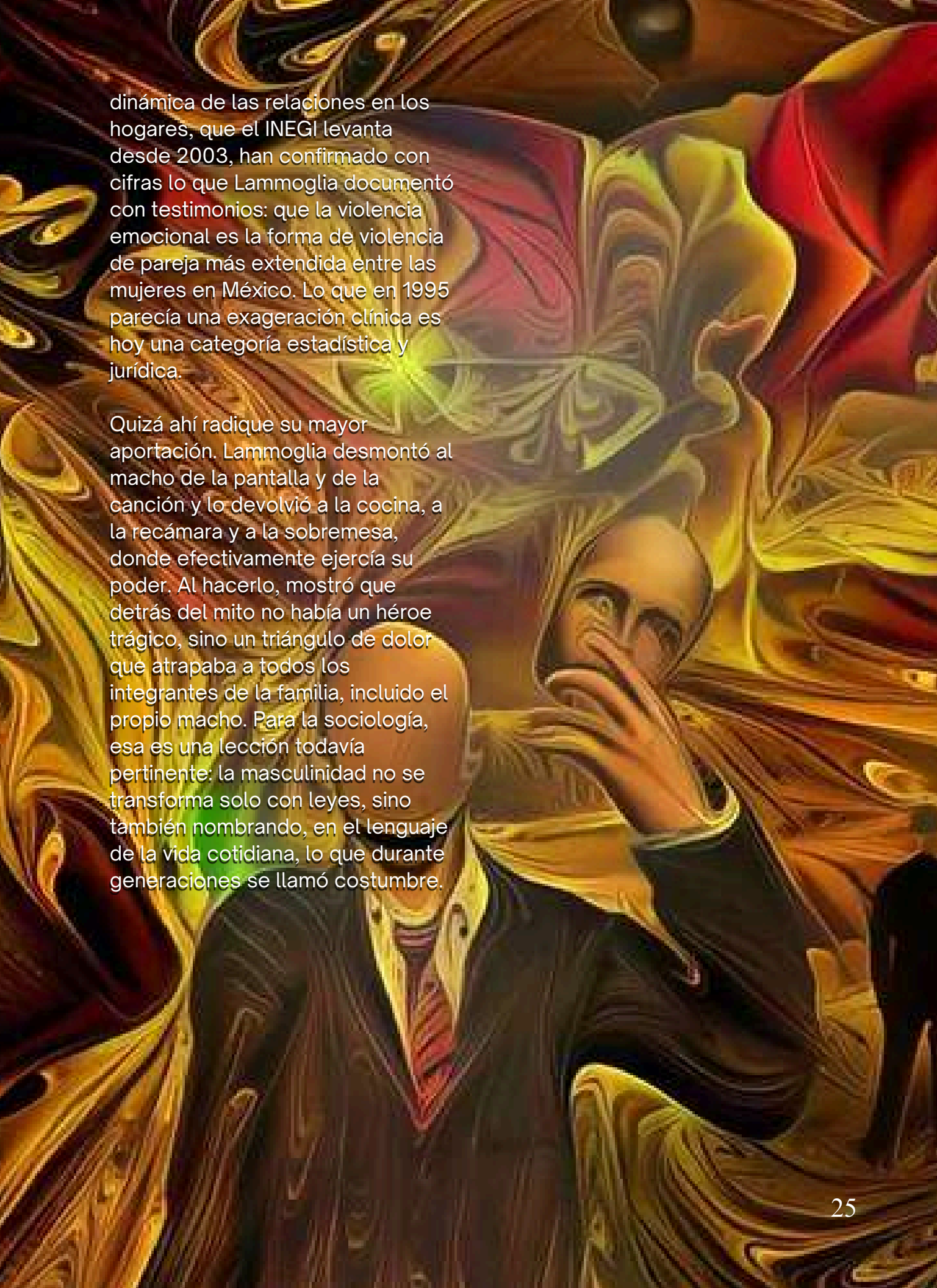
de un orden social que se vive como natural. El niño que ve golpear aprende una gramática de las relaciones; la niña que ve soportar aprende otra. El hogar funciona así como la primera institución de socialización de género.

La segunda idea es que el macho no encarna una fuerza, sino una exigencia. La socióloga australiana Raewyn Connell propuso en 1995 el concepto de masculinidad hegemónica para nombrar el modelo de hombre que una sociedad coloca como ideal y frente al cual todos los varones son medidos. Lammoglia, sin ese vocabulario, describe a hombres que fracasan ante ese ideal y compensan el fracaso con dominio. En su lectura, la agresión es también síntoma de una ansiedad colectiva sobre la virilidad, en sintonía con lo que Matthew Gutmann documentó por entonces en su etnografía de una colonia popular de la Ciudad de México: que «ser hombre» es un esfuerzo permanente, vigilado y precario, más que una identidad estable. La tercera idea, quizá la más fecunda, es que el machismo tiene cómplices estructurales. Lammoglia no exime a la familia extensa, a la madre que educa al hijo varón como heredero de privilegios ni a la comunidad que trata el maltrato como asunto privado. Esa mirada sistémica, que él tomaba de la

terapia familiar, coincide con la noción sociológica de que la dominación se sostiene por la colaboración, muchas veces inconsciente, de quienes la padecen. Pocos años después, Marina Castañeda llamaría a ese entramado el machismo invisible: un conjunto de actitudes cotidianas, aparentemente inofensivas, que organizan la desigualdad sin necesidad de golpes.

La novedad de Lammoglia no estuvo tanto en el contenido de su crítica, que el feminismo mexicano venía formulando desde los años setenta, como en su posición de enunciación y en su alcance. Era un médico varón, con autoridad científica, hablando de masculinidad violenta en la radio comercial ante audiencias masivas que nunca habrían leído un estudio de género. El momento tampoco es menor: el libro aparece un año después de la Convención de Belém do Pará y poco antes de que la Ciudad de México aprobara en 1996 su ley de asistencia y prevención de la violencia intrafamiliar, y de que en 1997 la violencia familiar se tipificara en el Código Penal federal. Su divulgación contribuyó a crear el clima cultural en el que esas reformas resultaron pensables.

Aun con esas reservas, el libro conserva una vigencia incómoda. Las encuestas nacionales sobre la

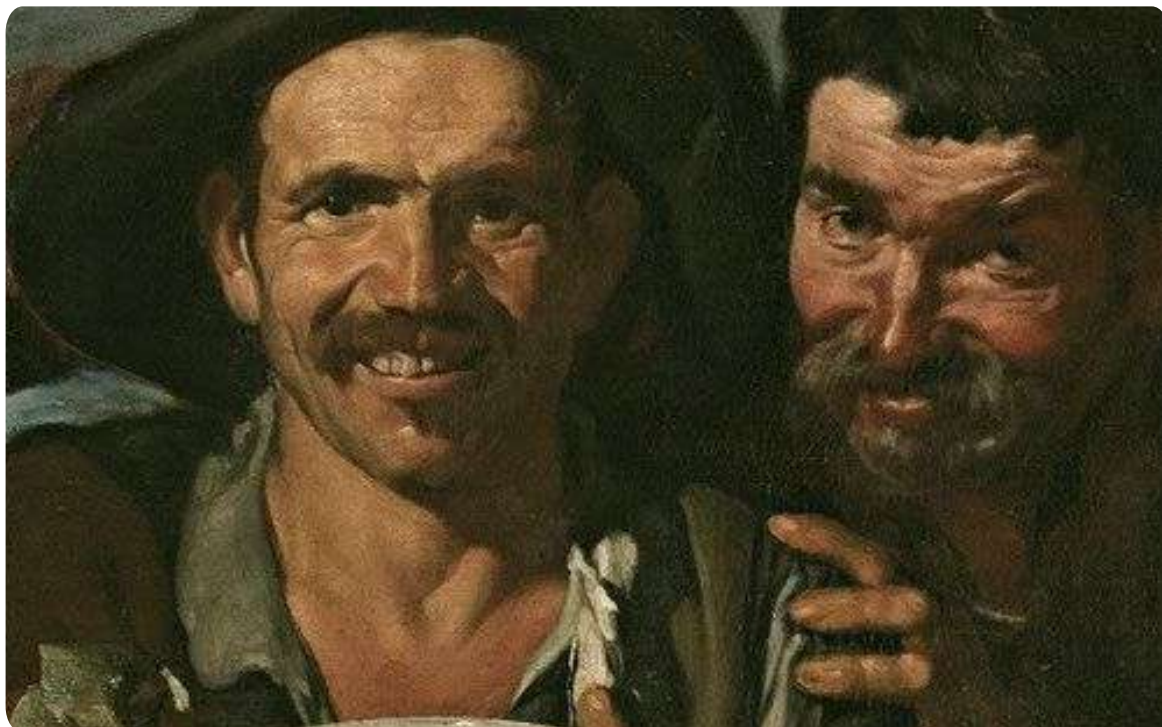


dinámica de las relaciones en los hogares, que el INEGI levanta desde 2003, han confirmado con cifras lo que Lammoglia documentó con testimonios: que la violencia emocional es la forma de violencia de pareja más extendida entre las mujeres en México. Lo que en 1995 parecía una exageración clínica es hoy una categoría estadística y jurídica.

Quizá ahí radique su mayor aportación. Lammoglia desmontó al macho de la pantalla y de la canción y lo devolvió a la cocina, a la recámara y a la sobremesa, donde efectivamente ejercía su poder. Al hacerlo, mostró que detrás del mito no había un héroe trágico, sino un triángulo de dolor que atrapaba a todos los integrantes de la familia, incluido el propio macho. Para la sociología, esa es una lección todavía pertinente: la masculinidad no se transforma solo con leyes, sino también nombrando, en el lenguaje de la vida cotidiana, lo que durante generaciones se llamó costumbre.

ADMITIR LA IMPOTENCIA

POR DANTE ACEVEDO



Cualquiera que haya caminado por una ciudad mexicana lo ha visto: un local pequeño, a veces una accesoria o un cuarto en la planta baja de una casa, con un letrero pintado a mano y dos letras inconfundibles, AA. Adentro, sillas plegables, una tribuna, un cafetero, los Doce Pasos colgados en la pared y una frase que se repite como consigna: «solo por hoy». Pocas instituciones civiles se han integrado de manera tan silenciosa y tan profunda al paisaje urbano y rural del país. Alcohólicos Anónimos llegó a la Ciudad de México en septiembre de 1946, apenas once años después de su fundación en Akron, Ohio; hacia 2015 la Central Mexicana de Servicios Generales reportaba más de 14,700 grupos y más de cien mil participantes, con presencia en hospitales, clínicas y centros penitenciarios.

Sin embargo, durante décadas esa presencia convivió con una paradoja. El país que albergaba miles de grupos de ayuda mutua seguía pensando al alcohólico como un vicioso, un hombre sin voluntad o, en el mejor de los casos, un personaje cómico de cantina.



«Ir al grupo» era motivo de vergüenza y, para muchas familias, la confesión pública de un fracaso moral. La medicina, por su parte, miraba a esas agrupaciones de legos con una mezcla de distancia y desconfianza.

En ese desencuentro entre la clínica y la comunidad se ubica una parte sustancial de la obra del doctor Ernesto Lammoglia. Psiquiatra formado en las instituciones públicas de salud mental, profesor universitario y, sobre todo, divulgador radiofónico durante casi tres décadas, Lammoglia dedicó buena parte de su trabajo a un mismo argumento: que el alcoholismo es una enfermedad, que esa enfermedad no se limita al bebedor sino que alcanza a toda la familia, y que su tratamiento exige una alianza entre el saber médico y la experiencia de quienes ya la han atravesado. Este ensayo examina el lugar de los grupos de AA dentro de ese argumento, sus aportaciones y también sus límites.

El primer movimiento de Lammoglia fue conceptual, y en él se apoyó en una tradición médica internacional que en México apenas se divulgaba fuera de los hospitales. A mediados del siglo XX, la Asociación Médica Estadounidense había reconocido el alcoholismo como enfermedad, y en 1960 E. M. Jellinek publicó *The Disease Concept of Alcoholism*,

obra que describía su curso progresivo y distinguía tipos de bebedores. La Organización Mundial de la Salud fue incorporando, a lo largo de las décadas siguientes, la noción de dependencia al alcohol a sus clasificaciones diagnósticas.

Lo que en la literatura especializada era ya un consenso, en la conversación cotidiana mexicana seguía siendo una idea extraña. Lammoglia la llevó a la radio y la repitió con insistencia: el alcohólico no es un sinvergüenza, es un enfermo; su enfermedad es crónica, progresiva y potencialmente mortal; no se cura con sermones ni con fuerza de voluntad, sino con abstinencia, tratamiento y acompañamiento. La insistencia no era retórica. Quien haya escuchado aquellas emisiones recordará las llamadas de esposas que preguntaban cómo «hacer que dejara de tomar», y la respuesta reiterada del médico: no se trata de convencerlo, sino de reconocer que está enfermo. El cambio de vocabulario tuvo consecuencias morales y sociales de primer orden. Nombrar enfermedad lo que se llamaba vicio desplaza el problema del terreno de la culpa al del cuidado. Retira al bebedor de la categoría del monstruo y lo devuelve a la de paciente; libera a la esposa de la creencia de que «no supo retenerlo»; permite al hijo

comprender sin justificar. Pero Lammoglia evitó que la palabra enfermedad funcionara como coartada. Precisamente porque el alcoholismo es una enfermedad, sostenía, no basta con desear dejarlo: hay que tratarlo, y el primer obstáculo del tratamiento es la negación.

Aquí aparece el punto de contacto con Alcohólicos Anónimos. El primero de los Doce Pasos —«admitimos que éramos impotentes ante el alcohol, que nuestras vidas se habían vuelto ingobernables»— es, en términos clínicos, la ruptura de la negación. Lo que el psiquiatra describía como mecanismo de defensa, el grupo lo convertía en un acto de palabra pública: decir «me llamo fulano y soy alcohólico». Lammoglia reconoció en esa fórmula sencilla una herramienta terapéutica de enorme potencia, precisamente porque obliga a nombrar en voz alta lo que la familia y la cultura llevaban años callando.

Si el primer movimiento fue médico, el segundo fue sistémico. En Las familias alcohólicas, Lammoglia desplazó el foco del individuo que bebe al grupo que lo rodea. Su tesis es que el alcoholismo enferma a la familia completa: la organiza en torno al bebedor, distribuye roles rígidos entre sus integrantes y perpetúa, de generación en generación,

patrones de silencio, culpa y violencia.

El concepto que articula esa lectura es el de codependencia, difundido en Estados Unidos durante los años ochenta en el campo del tratamiento de adicciones y la terapia familiar. Lammoglia lo tradujo al contexto mexicano con una eficacia notable. La codependiente es, con frecuencia, la esposa que tapa al marido ante el patrón, que justifica sus ausencias ante los hijos, que administra la crisis y que, sin advertirlo, encuentra su identidad en el sacrificio. En una cultura que había hecho de la mujer abnegada un ideal, describir esa abnegación como parte del problema fue un gesto audaz.

Los hijos ocupan un lugar central en este análisis. La literatura sobre familias alcohólicas describe papeles que se repiten: el hijo que se vuelve responsable antes de tiempo y actúa como padre de sus hermanos; el que se vuelve invisible para no causar problemas; el que concentra la rebeldía y se convierte en el chivo expiatorio de la familia; el que hace reír para aliviar la tensión. Lammoglia insistía en que esos roles, adaptativos en la infancia, se vuelven prisiones en la vida adulta, y explicaba así un fenómeno que su audiencia reconocía de inmediato: la hija de un alcohólico que se casa con otro

alcohólico, convencida de que esta vez sí podrá salvarlo.

De ahí se desprende su valoración de los grupos familiares que crecieron a la sombra de AA. Al-Anon, fundado en 1951 por Lois Wilson, esposa de uno de los fundadores de Alcohólicos Anónimos, y Alateen, dirigido a adolescentes, aplican la lógica de los Doce Pasos a los familiares. Para Lammoglia, el tratamiento del alcoholismo estaba incompleto si solo se atendía al bebedor: una familia que no se recupera vuelve a organizarse alrededor de la enfermedad, aun cuando el alcohólico haya dejado de beber. La recuperación, en su perspectiva, es siempre un proceso colectivo.

Alcohólicos Anónimos nació en un medio protestante y de clase media estadounidense, pero en México adquirió rasgos propios. Su expansión fue extraordinaria, al grado de que el país se cuenta entre los que tienen más grupos en el mundo, y su arraigo se produjo sobre todo entre sectores populares, obreros y campesinos, para quienes el grupo ofrecía algo que el sistema de salud no daba: un espacio gratuito, cercano y disponible todos los días. Varios estudios antropológicos han señalado que, en ese tránsito, AA se volvió también un espacio de sociabilidad masculina. En un país donde la cantina funcionaba como

lugar de encuentro entre hombres, el grupo ofreció una alternativa: otro sitio donde reunirse, hablar y ser escuchado, pero sin alcohol. La tribuna se convirtió en el lugar donde muchos hombres hablaron por primera vez de sus miedos, de su infancia, de la violencia que ejercieron y de la que padecieron. Que ese aprendizaje emocional haya ocurrido en grupos de pares, y no en consultorios, dice mucho sobre las barreras de clase y de género que impedían a esos hombres buscar ayuda profesional.

Junto a los grupos tradicionales, de reunión diaria y asistencia voluntaria, surgieron modalidades más intensivas. Los llamados grupos de «24 horas» ofrecen sesiones continuas y, en ocasiones, estancias prolongadas. De ahí derivó un fenómeno más problemático: los anexos, centros residenciales informales que adoptan el lenguaje de los Doce Pasos, pero operan con frecuencia sin registro sanitario, sin personal médico y, en muchos casos, con internamientos involuntarios. Investigaciones periodísticas y académicas han documentado en algunos de ellos golpes, humillaciones, encierro y privación de alimentos; datos del Instituto de Ciencias Forenses de la Ciudad de México registran al menos 67 muertes en grupos, anexos y clínicas de rehabilitación de la capital entre 2016 y 2025.

Es importante subrayar la distinción. Alcohólicos Anónimos, como organización, es ambulatoria, voluntaria y gratuita, y no promueve el internamiento. Los anexos son, en muchos casos, una deformación de su modelo, nacida del vacío que dejó un Estado sin capacidad para atender las adicciones. Esa distinción es, justamente, la que hace necesaria una mirada médica como la que Lammoglia defendía.

La posición de Lammoglia frente a Alcohólicos Anónimos puede resumirse en una fórmula: ni sustitución ni rivalidad, sino alianza. El psiquiatra diagnostica, atiende la intoxicación y la abstinencia, trata la depresión o la ansiedad que con frecuencia acompañan al alcoholismo y orienta a la familia. El grupo sostiene lo que ningún consultorio puede sostener: la presencia diaria, la identificación con otros que han vivido lo mismo, la posibilidad de llamar a alguien a las tres de la mañana cuando el deseo de beber aparece. Esa división del trabajo tiene un fundamento clínico y otro social. El clínico es que el alcoholismo, como enfermedad crónica, requiere un acompañamiento de largo plazo que excede la capacidad de cualquier sistema de salud; la ayuda mutua llena ese hueco con un costo prácticamente nulo. El social es que la palabra de un par tiene una autoridad que la del médico no siempre alcanza.

Cuando un hombre escucha a otro decir «yo también golpeé a mi mujer» o «yo también perdí a mis hijos», la identificación abre una puerta que el diagnóstico no abre.

La contribución más visible de Lammoglia a esa alianza fue la legitimación. En un momento en que muchos profesionales veían a los grupos como espacios de legos sin rigor, un psiquiatra con trayectoria académica afirmaba en la radio que la ayuda mutua funcionaba y que asistir a un grupo no era un signo de derrota. Para miles de familias, esa voz convirtió el letrero de la esquina en una opción posible. Al mismo tiempo, su insistencia en la dimensión médica del problema funcionaba como contrapeso: el grupo es valioso, pero no sustituye la atención de un síndrome de abstinencia grave, de una depresión con riesgo o de una psicosis. Hay, además, una coincidencia de fondo entre el método de Lammoglia y el de AA. Ambos trabajan con testimonios. Sus libros, como él mismo decía, están hechos por los pacientes; las reuniones de AA están hechas por las historias de sus miembros. En los dos casos, la verdad sobre la enfermedad no se deduce de un manual, sino que se construye a partir de relatos que, al compartirse, dejan de ser secretos y se vuelven conocimiento colectivo. Esa afinidad ayuda a



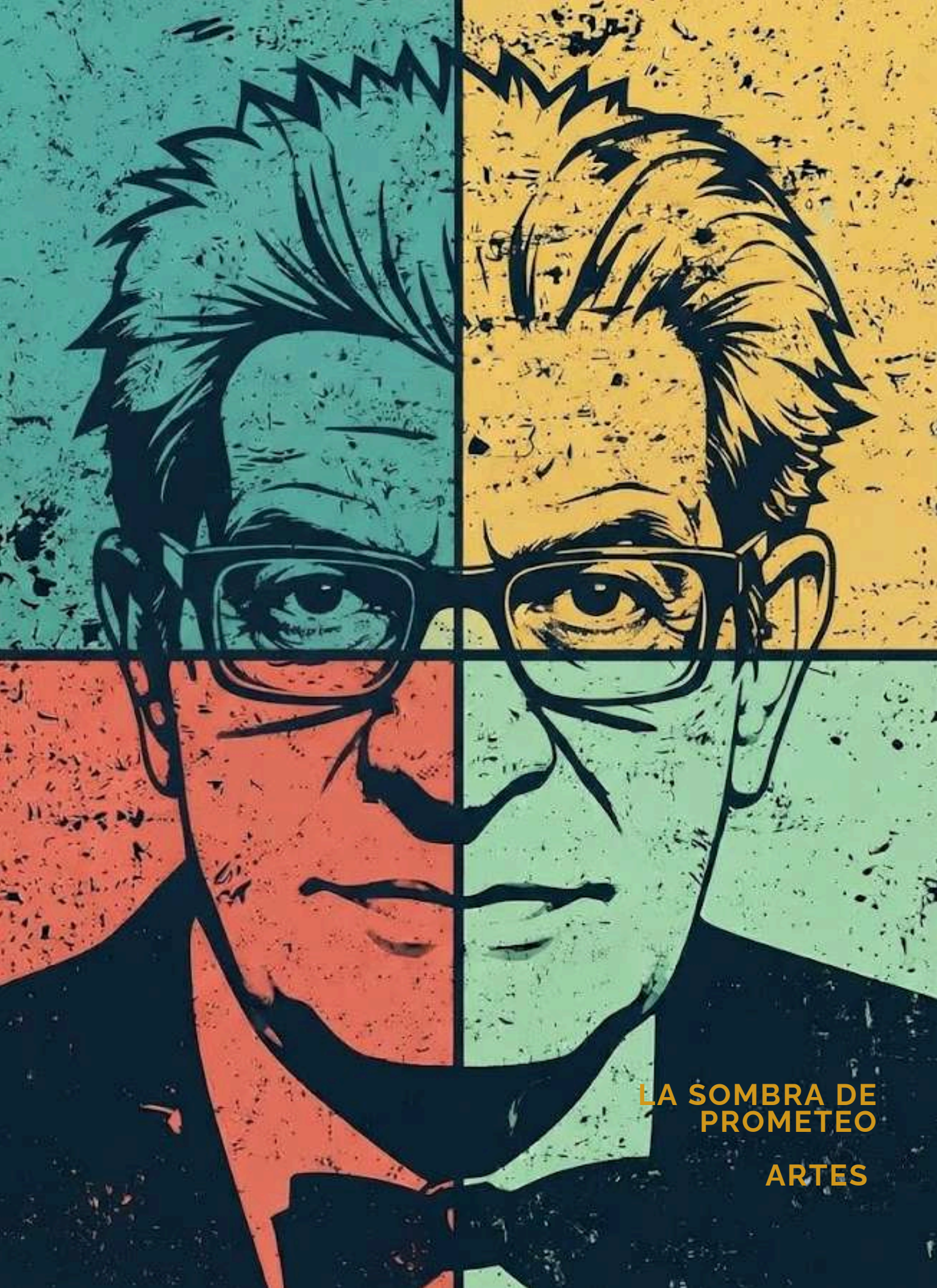
entender por qué la voz del médico y la tribuna del grupo pudieron entenderse.

El componente espiritual del programa —la referencia a un «poder superior»— aleja a algunas personas, y la cultura de muchos grupos mexicanos ha sido, durante largo tiempo, marcadamente masculina, lo que dificultó la participación de mujeres alcohólicas, doblemente estigmatizadas.

A ello se suma la deformación de los anexos, que muestra lo que ocurre cuando la ayuda mutua se queda sola, sin regulación ni respaldo médico, y se mezcla con la desesperación de las familias y la ausencia del Estado. Es precisamente en este punto donde la propuesta de Lammoglia conserva su vigencia: la ayuda mutua necesita del saber clínico tanto como el saber clínico necesita de la comunidad. Separados, uno corre el riesgo de volverse dogma y el otro de quedarse en el consultorio. Visto en conjunto, el aporte del doctor Lammoglia al entendimiento de los grupos de Alcohólicos Anónimos fue triple. Contribuyó a que el alcoholismo dejara de pensarse como vicio y comenzara a entenderse como enfermedad; extendió la mirada del bebedor a la familia y difundió nociones como la codependencia, que permitieron a millones de personas reconocer su

propia historia; y legitimó la ayuda mutua ante un público y una profesión que la miraban con recelo, sin dejar de recordar que la enfermedad exige también atención médica.

El primer paso del programa de AA pide admitir la impotencia. Hay en esa fórmula una paradoja que Lammoglia supo leer con lucidez: en una cultura que exigía al hombre aguantar, no rajarse y beber más que nadie, reconocerse impotente era la única forma de recuperar la fuerza. Su obra ayudó a que esa paradoja dejara de pronunciarse solo en voz baja, detrás del letrero discreto de la esquina, y se volviera parte de la conversación de las familias mexicanas.



**LA SOMBRA DE
PROMETEO**

ARTES

Título:

**Alienista con cráneo en las manos, óleo sobre cartón,
medidas 28 x 35 cm**

Autor:

Jorge Anteale Alvarado





MURAL «AL GENERAL FRANCISCO J. MÚGICA Y SU MUNICIPIO»

LUGAR: Palacio Municipal de Tingüindín.

AUTOR: Arq. Jesús Adalberto Martínez Quintero.

PINTOR: Ángel Chávez Cornejo.

ÁREA: 75 m².

TÉCNICA: Acrílico sobre muro.





La cultura de una comunidad depende de manera imprescindible de la historia que la envuelve. Es por eso que queremos hacer un comentario breve, pero concreto, del mural que se ha pintado en el patio ubicado en el corazón de nuestro municipio: Tingüindín.

Reseña del mural

El H. Ayuntamiento 2015-2018 tuvo la iniciativa de realizar una remodelación, ya muy necesaria, de nuestra presidencia municipal, edificio donde se encuentran la mayoría de las oficinas que dirigen la vida del municipio.

Sabemos que la cultura es el modo y estilo de vida de una comunidad específica y deriva de su manera de interpretar la vida y de sus diversas experiencias. Es más, la cultura es un producto de la interacción humana. Nosotros creamos la cultura y la interpretamos, nos nutrimos de ella y nos encargamos de transmitirla, convirtiéndola en tradición.

Por estos motivos, y pensando en las futuras generaciones, queremos compartir con los tingüindinenses y con todos nuestros queridos visitantes una semblanza de lo que es más nuestro.

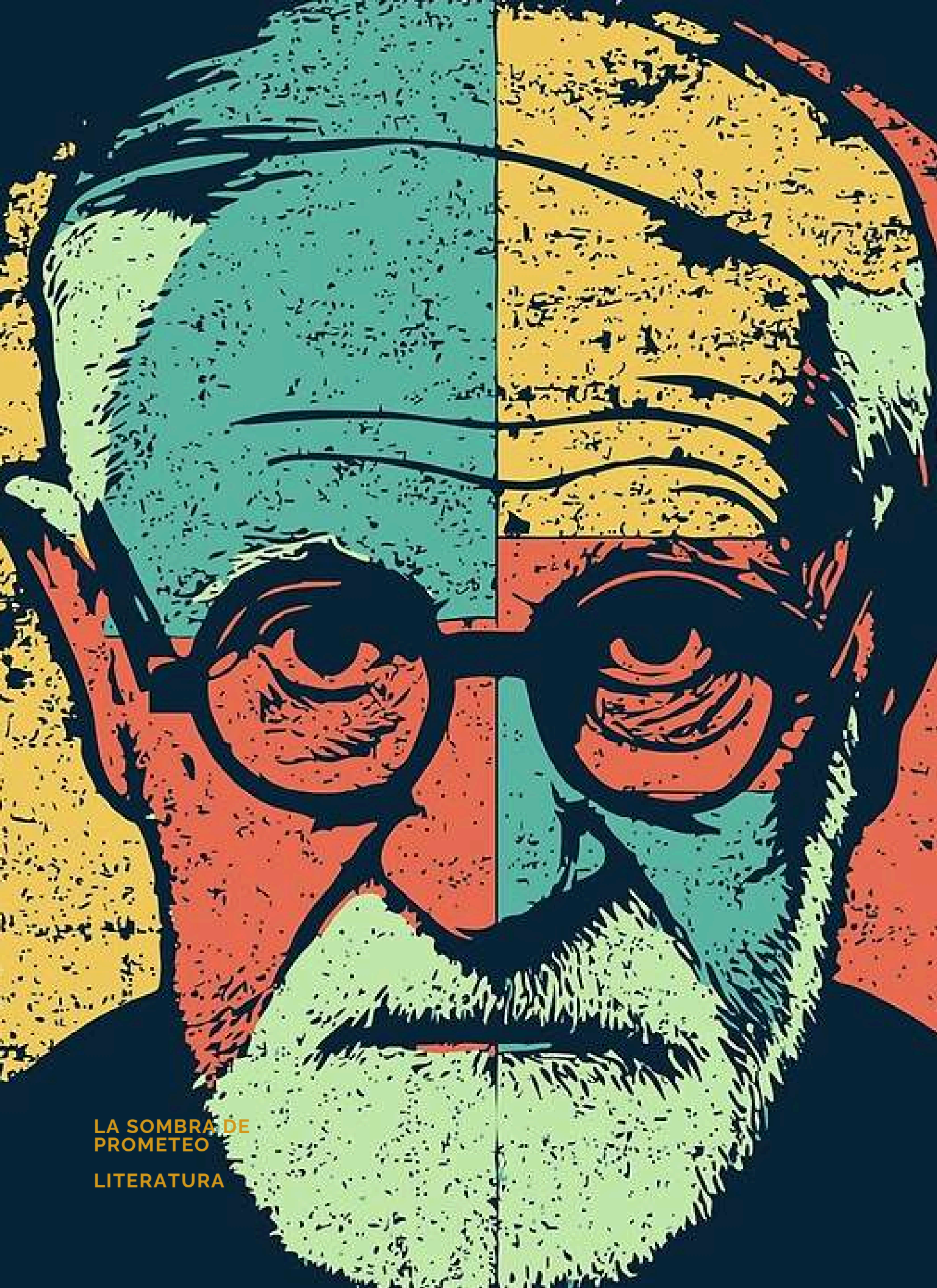
Este mural se encuentra en las oficinas de nuestra presidencia municipal. Siendo este un recinto tan importante, al que acude la mayoría de las personas del pueblo con diversos fines, decidimos que no habría mejor lugar para mostrar, a través de imágenes, lo que consideramos más emblemático de nuestro pueblo.

Presentamos un recorrido histórico desde los orígenes de nuestra comunidad; la etimología del nombre Tingüindín; los personajes que ocupan un lugar predilecto por su incidencia no solo en nuestra comunidad y nuestro estado, sino también en la sociedad mexicana; las actividades económicas que constituyen el sustento de nuestras familias; y nuestros lugares importantes, que no solo son puntos de reunión de la comunidad, sino también monumentos marcados por el paso de la historia.

En el centro de nuestro mural hacemos resaltar nuestra mayor insignia: el Escudo Nacional, ya que nuestro pueblo no se entiende como un ente aislado, sino como parte de una nación cuya soberanía también nos pertenece.

Para ser más específicos, presentamos enseguida una relación de las imágenes que aparecen en el mural, acompañadas de una explicación de cada una de ellas.»

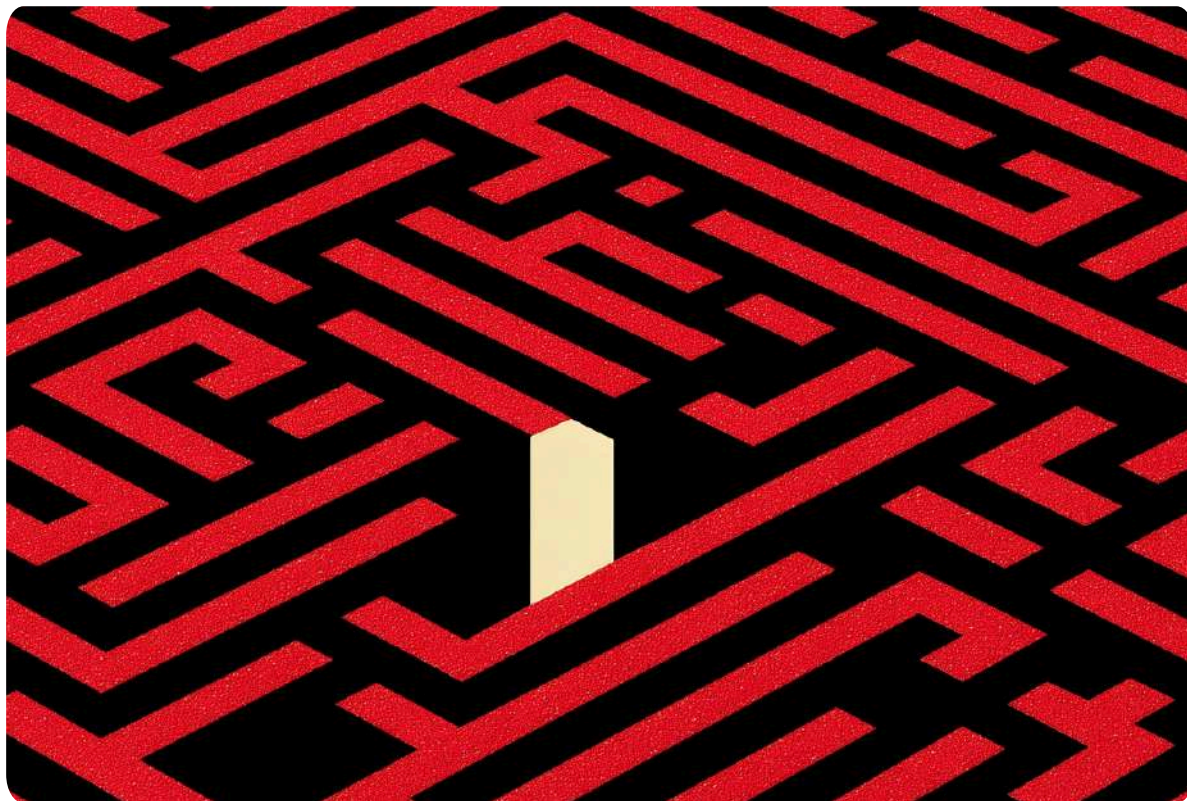




LA SOMBRA DE
PROMETEO
LITERATURA

EL ARQUITECTO

PARA DANIEL FILLOY
POR ALÁN HEIBLUM

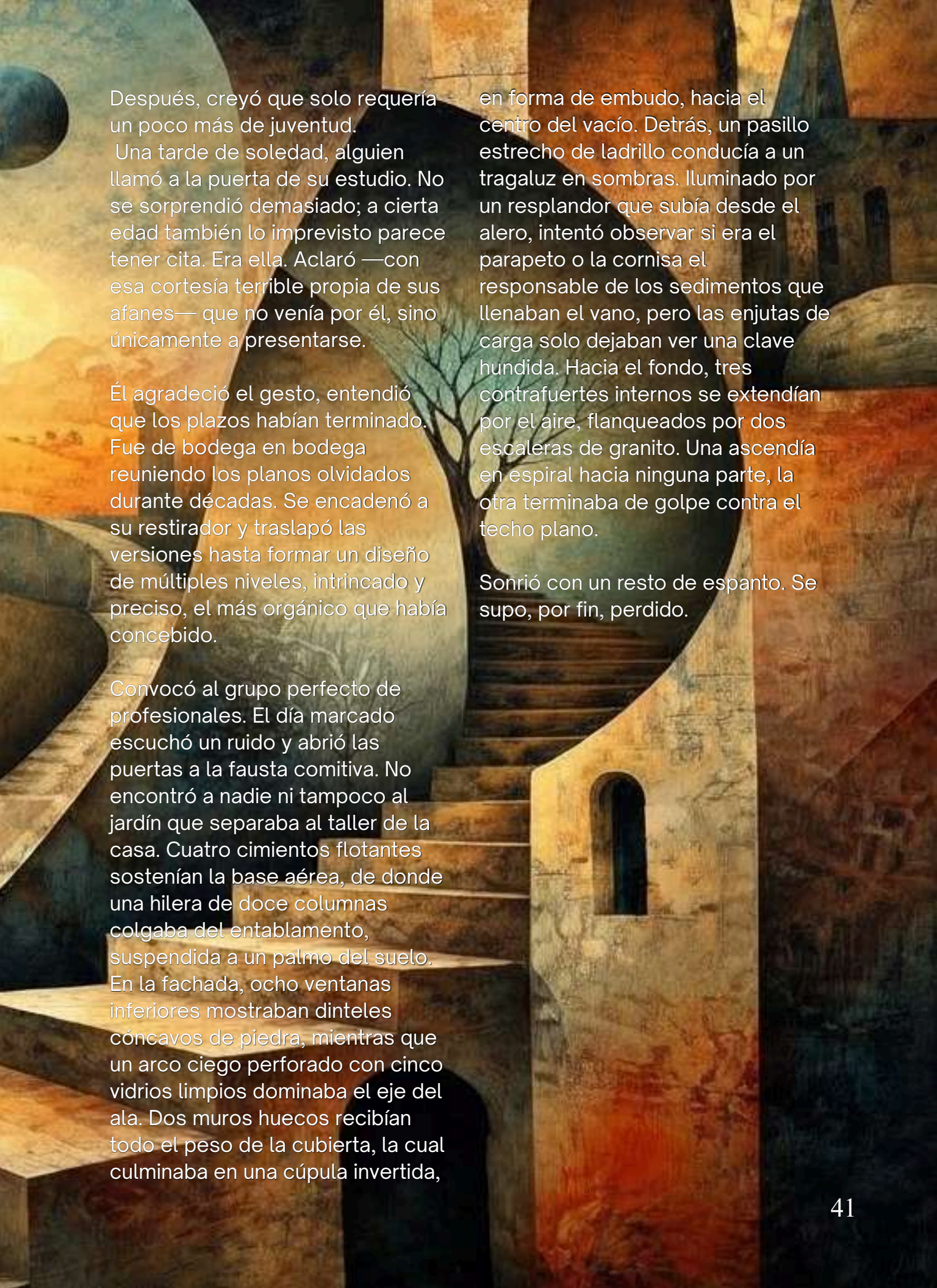


De niño soñaba con construir un laberinto: una imagen inmóvil de setos altos y luz oblicua. Más tarde tuvo una revelación; soñó con los arquitectos de lo infinito —cuyos nombres ya no pudo recordar, pero empezaban con un sonido labial— y la imagen cobró movimiento. Un laberinto no era una trampa sino una promesa. Las ciudades ofrecían a sus habitantes explanadas, fuentes y monumentos; él quería regalarles la posibilidad de perderse.

Cada artificio inventa su fracaso: el naufragio es de los barcos; el asedio, de las murallas; la prisa, de los relojes. Cuando alguien le señalaba los peligros contenidos en su proyecto —el amante que no regresa, el pequeño que ya no crece, el crimen sin testigos—, asentía con paciencia. Decía que no debíamos temer al asesino encubierto ni a las alas de cera; más temible resultaba, por falta de perdernos, faltar al reencuentro.

Despuntó en su carrera, pero el laberinto nunca se erigió. Los pretextos mudaban de forma cual organismos; siempre distintos, siempre suficientes. Antes del éxito pensaba que hacían falta fama y fortuna para encarnar los sueños.





Después, creyó que solo requería un poco más de juventud.

Una tarde de soledad, alguien llamó a la puerta de su estudio. No se sorprendió demasiado; a cierta edad también lo imprevisible parece tener cita. Era ella. Aclaró —con esa cortesía terrible propia de sus afanes— que no venía por él, sino únicamente a presentarse.

Él agradeció el gesto, entendió que los plazos habían terminado. Fue de bodega en bodega reuniendo los planos olvidados durante décadas. Se encadenó a su restirador y traslapó las versiones hasta formar un diseño de múltiples niveles, intrincado y preciso, el más orgánico que había concebido.

Convocó al grupo perfecto de profesionales. El día marcado escuchó un ruido y abrió las puertas a la fausta comitiva. No encontró a nadie ni tampoco al jardín que separaba al taller de la casa. Cuatro cimientos flotantes sostenían la base aérea, de donde una hilera de doce columnas colgaba del entablamento, suspendida a un palmo del suelo. En la fachada, ocho ventanas inferiores mostraban dinteles cóncavos de piedra, mientras que un arco ciego perforado con cinco vidrios limpios dominaba el eje del ala. Dos muros huecos recibían todo el peso de la cubierta, la cual culminaba en una cúpula invertida,

en forma de embudo, hacia el centro del vacío. Detrás, un pasillo estrecho de ladrillo conducía a un tragaluz en sombras. Iluminado por un resplandor que subía desde el alero, intentó observar si era el parapeto o la cornisa el responsable de los sedimentos que llenaban el vano, pero las enjutas de carga solo dejaban ver una clave hundida. Hacia el fondo, tres contrafuertes internos se extendían por el aire, flanqueados por dos escaleras de granito. Una ascendía en espiral hacia ninguna parte, la otra terminaba de golpe contra el techo plano.

Sonrió con un resto de espanto. Se supo, por fin, perdido.

EL PACIENTE 404

POR EIHIR



El tubo fluorescente del techo zumba como un insecto atrapado, un grito eléctrico y persistente que escupe una luz verde y enferma sobre las baldosas de linóleo. El aire huele a óxido y a medicamentos viejos, mientras el espejo de metal bruñido devuelve un rostro triturado por la niebla, una masa de carne gris donde los ojos parecen dos pozos secos, cavados a golpes por el insomnio.

Arthur contempla aquella imagen sin reconocerla. Durante unos segundos permanece inmóvil, tratando de encontrar en aquel reflejo algún vestigio de la persona que debería ser, pero cuanto más observa, más ajeno le resulta el rostro que tiene delante. ¿Quién permanece encerrado detrás de aquellos ojos?

Arthur. O quizá solamente el número cuatrocientos cuatro, estampado a fuego en la solapa de una camisa de fuerza invisible.

Hollow City es un engranaje monstruoso, una ciudad de ladrillos negros y chimeneas que vomitan una hiel espesa sobre los muelles del río Hutton. En el corazón podrido de aquel laberinto urbano se levanta el sanatorio, un edificio de pasillos ciegos, techos abovedados y puertas de acero que crujen como mandíbulas de hierro hambrientas, un lugar donde la luz parece haber olvidado cómo iluminar y donde incluso el silencio adquiere el peso de una amenaza.



—Paciente cuatrocientos cuatro
—chilla una voz al otro lado de la reja.

El doctor Hausser avanza por el corredor con pasos lentos, deslizándose su silueta escuálida como una cuchilla que corta el aire viciado. Lleva una bata almidonada que huele a formol y sus ojos son dos cuentas de vidrio clavadas en un rostro excesivamente pálido.

—¿Cómo se encuentra hoy, Arthur? —pregunta con voz áspera—. ¿Sigue creyendo que existe un mundo más allá de estos muros o su conciencia comienza, por fin, a aceptar la realidad de esta celda?

Arthur aprieta los nudillos contra el lavabo y siente cómo la frialdad del metal le muerde los huesos, subiéndole por los antebrazos como un calambre eléctrico.

—No sé quién soy —responde al principio, aunque la respuesta acaba transformándose en un grito que rebota contra los azulejos rotos—. Exijo los registros. ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué me han hecho?

Hausser sonríe con una mueca seca antes de acercarse un poco más a los barrotes.

—Los registros son para los vivos, Arthur. Usted llegó aquí durante la gran marea de niebla, hace tres semanas, cuando vagaba por los muelles mascullando nombres de calles que no existen, con las pupilas dilatadas por el delirio químico y la mente completamente perdida.

Se ha roto en mil pedazos, como el naufrago de una tormenta.

Después se marcha sin añadir nada más, y sus pasos se alejan por el corredor con una cadencia casi hipnótica, como un metrónomo desquiciado que marca el compás de una enfermedad mucho más grande que la de un solo hombre.

Arthur vuelve a quedarse solo. Comienza a caminar por la habitación siguiendo un recorrido que conoce demasiado bien: cuatro pasos a la izquierda, cuatro al frente, cuatro a la derecha y, finalmente, otros cuatro hasta completar un cuadrado perfecto de desesperación. Lo ha repetido tantas veces que ya no recuerda cuándo comenzó, aunque tiene la inquietante sensación de que la habitación ha aprendido sus movimientos y espera pacientemente cada uno de ellos.

Las paredes parecen encogerse mientras las contempla, respirando con lentitud y exhalando un vaho grasiento y pestilente. Las esquinas se curvan hasta formar ángulos agudos y violentos que desafían la geometría del mundo, mientras el tiempo parece congelarse en el mecanismo de relojería invisible cuyas entrañas podridas laten detrás de sus propios oídos.

Arthur siente que su cráneo es una buhardilla abarrotada de trastos rotos, un lugar donde los pensamientos han dejado de obedecerle y trepan ahora por las paredes internas del cerebro como

insectos ciegos que buscan desesperadamente una salida.

¿Quién piensa por él? ¿Es él quien sufre o es la propia maquinaria de Hollow City la que piensa, sangra y delira a través de su carne?

Cada latido de su corazón parece el golpe de un pistón de hierro contra un yunque de plomo.

Cuando intenta recordar qué había antes de aquella habitación, solo encuentra un muro blanco, un desierto de ideas abstractas. Sabe lo que es el miedo, conoce el tacto del metal, recuerda la sangre, la traición y el vértigo de las alturas, pero cuando intenta reconstruir su propia vida descubre que su biografía no es más que un montón de papel picado arrojado a un abismo.

No hay madre, ni infancia, ni rostro que amar. Solo existe aquel presente perpetuo, interrumpido por el zumbido de la luz eléctrica y la niebla que se filtra por los resquicios del marco como una legión de fantasmas mudos.

Entonces sus dedos encuentran algo. Mientras recorre los zócalos de madera carcomida, impulsado por una intuición que no sabe explicar, nota una irregularidad en la base de la mesa de noche. Presiona con el pulgar y un pequeño panel cede de repente con un chasquido seco, revelando una estrecha cavidad.

Dentro hay un cuaderno encuadernado en cuero negro, con los bordes calcinados como si

alguien hubiera intentado borrarlo del mundo mediante el fuego. Junto a él descansa un bolígrafo de tinta negra y espesa.

Arthur abre el cuaderno. La caligrafía que aparece ante sus ojos es suya, aunque las letras tiemblan sobre el papel como un sismógrafo durante una catástrofe.

««Si estas líneas llegan a tus ojos, el ciclo ha reiniciado con éxito. No busques las afueras, no busques nombres en los mapas de la superficie. Eres el arquitecto, no el prisionero. Has construido este laberinto para diseccionar tu propio ego hasta arrancarle la última máscara. Bienvenido otra vez a Hollow City»».

Un trueno sordo retumba en los cimientos del edificio y, con él, algo se agita dentro de la memoria de Arthur, como una compuerta que acaba de abrirse.

De pronto ve un laboratorio clandestino iluminado por lámparas blancas, las mesas de acero cubiertas de instrumentos, los frascos de cristal alineados junto a fórmulas escritas con desesperación y sus propias manos preparando una mezcla de compuestos sintéticos. Después recuerda la jeringuilla, el líquido transparente entrando lentamente en sus venas y la decisión que había tomado mucho antes de administrarse aquella sustancia.

No quería escapar de su mente, quería entrar en ella. Había diseñado el experimento para

destruir deliberadamente su propia identidad y observar qué quedaba de la conciencia humana cuando desaparecían los recuerdos, las certezas y todas aquellas máscaras con las que un hombre construye la ilusión de saber quién es.

Él era el científico, el que había creado el experimento. El sanatorio, Hausser, los enfermeros, los pasillos laberínticos, la niebla perpetua y aquella celda eran piezas de una arquitectura mental tan perfecta que había terminado devorando a su propio creador, convirtiéndolo en el eterno rehén de una mente que ya no sabía distinguir entre prisión y mundo.

Arthur se vuelve lentamente hacia el espejo. La silueta borrosa que lo observa ya no es la de un desconocido. Es la mueca de un dios caído en su propia trampa, un hombre que descendió voluntariamente a los sótanos de su conciencia y descubrió demasiado tarde que quizá nunca existiría una escalera de regreso.

Entonces escucha los pasos de Hausser en el corredor, cada vez más cerca, con un ritmo implacable.

Arthur cierra el cuaderno negro y permanece inmóvil, porque ahora sabe lo que sucederá, aunque no puede impedirlo. Hausser abrirá la puerta, volverá a hacerle las mismas preguntas y él volverá a olvidar las respuestas.

Después, la niebla regresará, la memoria se deshará otra vez y el laberinto comenzará de nuevo.

El picaporte gira lentamente, y Arthur mira hacia la puerta. Por un instante cree recordar que ya ha vivido aquel momento miles de veces. Entonces sonrío, aunque no sabe si es a causa del miedo, de la resignación, o de algo mucho peor.

Al otro lado, Hausser entra.

Y mientras las puertas del sanatorio se cierran, el engranaje de Hollow City vuelve a ponerse en movimiento.

LA RAZÓN ES UN LABERINTO

POR EDUARDO RUIZ CUEVAS



He conocido a varios psicólogos que terminaron analizados por mí. Quizá sean mis prejuicios, mis complejos, o simplemente son bastante elementales. Me pregunto cómo personas con tan pocas luces pueden tratar de dirigir el camino de alguien más. Quizá no sea la psicología ni los psicólogos, sino las personas que he conocido. Quizá mi medio es muy limitado y el cíclope tiene mejor visión que un miope. Aunque, siendo justos, el cíclope también tiene un solo ojo. No sé si eso lo hace más o menos confiable. Sospecho que menos.

Conocí a una psicóloga que daba clases en una preparatoria. Tenía el pelo recogido como quien no quiere distracciones, gafas de pasta gruesa y esa voz modulada que usan los que se creen dueños del silencio ajeno. Llevaba al “diván” a un menor de edad. Un alumno suyo, de dieciséis o diecisiete, con esa cara de quien todavía no sabe si es joven o niño. Lo sentaba en un sillón de su cubículo —porque llamarlo consultorio sería una generosidad—, cerraba la puerta, bajaba la voz y le pedía que le contara sus secretos. Sus secretos. A un adolescente. Como si un adolescente tuviera secretos que no fueran hormonales.

Cuando denuncié tal acto, me acusaron de machista. A mí. Machista. Por señalar que una mujer adulta, con título universitario, sentaba a solas a un menor de edad para hurgar en su psique sin consentimiento informado, sin autorización de los padres, sin nada que se pareciera a la ética profesional



que dicen profesar. Me acusaron de machista y el chico negó todo. Por supuesto que negó todo. A esa edad uno niega todo. Yo negué todo a esa edad, incluso lo que no había hecho. Lo sé porque él me lo contó. En fin, no hay mayor relevancia, es sólo que no confío en aquellos que se dicen domadores de mentes, cuando son incapaces de domar la propia. Es probable que simplemente, en mi caso, no representen ninguna figura de autoridad, sino seres que pretenden ser interesantes. Y ahí está el problema: yo también pretendo ser interesante. Quizá por eso los veo tan de cerca.

Hubo uno que tenía pésima ortografía, además de profunda ignorancia cultural. Escribía “conciente”, “a ver” como “haber”, y firmaba sus recetas como si fueran edictos. Una vez le pregunté quién era Jung y me dijo que “un escritor suizo, creo, de novelas de misterio”. No exagero. Sin embargo me agrada beber con él. Me contaba lo que le decían sus pacientes de una forma muy graciosa. Realmente era divertido. Tenía una paciente que lloraba cada vez que veía una naranja, sin saber por qué, y él le recomendaba “cambiar de frutería”. Lo más divertido es que imitaba las voces, eso sí que lo hacía bien. Nos reíamos entre tarro y tarro. Nos reíamos de gente que estaba sufriendo. Y lo peor: nos reíamos

con la conciencia tranquila de quienes saben que no se están riendo de ellos, sino de la vida. Mentira. Nos reíamos de ellos.

Hubo otra, una psicóloga muy linda, compañera de la preparatoria. De esas que uno recuerda con una mezcla de ternura y rencor, porque la ternura es por lo que fue y el rencor por lo que uno fue con ella. En aquel entonces se sentaba en la última fila, mordía su pluma, dibujaba espirales en los márgenes de sus cuadernos y hablaba de “la energía de las personas” como si fuera una materia escolar. Espero que el estudio la haya curado de sus terribles perversiones. Yo aún no la supero.

Sus perversiones eran de esas que no se nombran en voz alta, pero se recuerdan en voz baja. Me contaba cosas a los quince años que yo apenas entendía. Me hablaba de sus primos, de sus vecinos, de un profesor de educación física que le daba “escalofríos donde no hay piel”. Tenía una naturalidad para el morbo que daba miedo. Daba miedo y daba curiosidad. Daba curiosidad y daba vergüenza. Daba vergüenza y daba ganas de seguir escuchando. Yo la escuchaba con cara de interesante, como si entendiera, como si no me estuviera desmoronando por dentro. Ella lo sabía. Siempre lo supo. Y seguía hablando. Eso es lo más cruel: hablar de lo que se desea, con la

voz de quien sabe que no puedes tenerlo. Psicóloga y hoy psicoanalista. Atiende en un consultorio con libros caros y una lámpara de pie. Cobra por hora lo que yo gano por semana. Y me pregunto: ¿ella analiza a sus pacientes o los seduce? ¿Los cura o los colecciona? ¿Los escucha o los sigue escuchando como yo la escuchaba a ella, con esa mezcla de espanto y fascinación que sólo produce lo prohibido? Espero, de verdad espero, que el estudio la haya curado. Porque si no, sus pacientes están en problemas. Y yo también, porque la sigo pensando. La sigo pensando más de lo que debería. La sigo pensando con una puntualidad que no le dedico ni a mis propios problemas.

Creo que es una profesión muy divertida. Envidia es lo que tengo, con seguridad. Envidia de que puedan escuchar a otros sin que nadie los escuche a ellos. Envidia de que puedan cobrar por lo que yo hago gratis en las fiestas. Envidia de que puedan poner un diván entre ellos y el mundo y decir: “aquí el que sufre es usted, no yo”. Envidia, sobre todo, de que ella se haya convertido en eso, y yo siga aquí, contando lo que ella me contaba, con la esperanza absurda de que alguien me lea y piense que yo también soy interesante.

Pero volvamos a los psicólogos. Conocí a uno que atendía en un

consultorio con olor a incienso y a humedad, y que tenía un cartel en la pared que decía: “El dolor es inevitable, el sufrimiento es opcional”. Una vez le pregunté si él sufría y me dijo que no, que él había trascendido. Dos semanas después supe que se había suicidado porque su esposa lo engañó con un entrenador de gimnasio. No digo que una cosa tenga que ver con la otra, pero sin duda es un dato curioso.

Conocí a otra que diagnosticaba a sus pacientes con una rapidez de pistolero del viejo Oeste. En veinte minutos ya tenía un cuadro completo: “borderline con rasgos narcisistas y una depresión enmascarada de segundo grado”. Le pregunté cómo lo sabía y me dijo que “se le notaba en la mirada”. La mirada. Como si el alma humana se pudiera leer en la mirada, como si no supiéramos que la mirada es el elemento más mentiroso del cuerpo. Yo he mirado con amor a personas que odiaba. He mirado con indiferencia a personas que amaba. La mirada no dice nada. La mirada es un espejo que cada quien interpreta como quiere.

Conocí a un psiquiatra que recetaba antidepresivos como dulces. Llegaba uno con insomnio y salía con tres frascos. Llegaba otro con tristeza y salía con cinco. Llegaba una con ganas de morirse y salía con una dosis que la dejaba viva

pero sin ganas de nada, que es una forma elegante de estar muerto. Él decía que “la química no se discute”. Y tenía razón. La química no se discute. ¿Cómo discutir con la química de la tristeza? O esa a la que llaman la química del amor...

Sin embargo, aquí estoy.
Escribiendo sobre ellos.
Pensándolos. Recordándolos. Como si fueran mis pacientes. Como si yo fuera el que tiene el diván y la lámpara de pie y el cartel en la pared. Como si mi lucidez me diera derecho a juzgarlos. Como si mi cinismo me hiciera superior. Como si no supiera, en el fondo, que el único caso que no he podido resolver es el mío.

La razón es un laberinto. Y yo llevo años caminando por él, doblón tras doblón, convencido de que en algún recodo voy a encontrar la salida. Pero no hay salida. Hay más laberinto. Hay más paredes. Hay más espejos. Y en cada espejo, un psicólogo, o una compañera de preparatoria que se convirtió en psicoanalista, mirándome con esa cara de quien ya sabe lo que voy a decir antes de que lo diga. Solamente quiero sonar interesante. Y ni eso me sale bien. Porque lo interesante no se busca. Lo interesante se tiene. Y yo, al parecer, tengo otra cosa. Tengo esto. Tengo esta voz que se ríe de todo para no llorar nada. Tengo esta manía de analizar a los que analizan.

Tengo esta necesidad de contarlo. Y tengo, sobre todo, esta mujer en la cabeza, con su pelo recogido y sus libros caros y su diván de verdad, esperando a que yo me decida.

Pero no. No todavía. Todavía tengo que contar cómo la maestra sentaba al menor en el sillón. Todavía tengo que contar cómo me reía de los pacientes con el de la ortografía. Todavía tengo que contar cómo ella me hablaba de sus primos y de su profesor de educación física y de los escalofríos donde no hay piel.

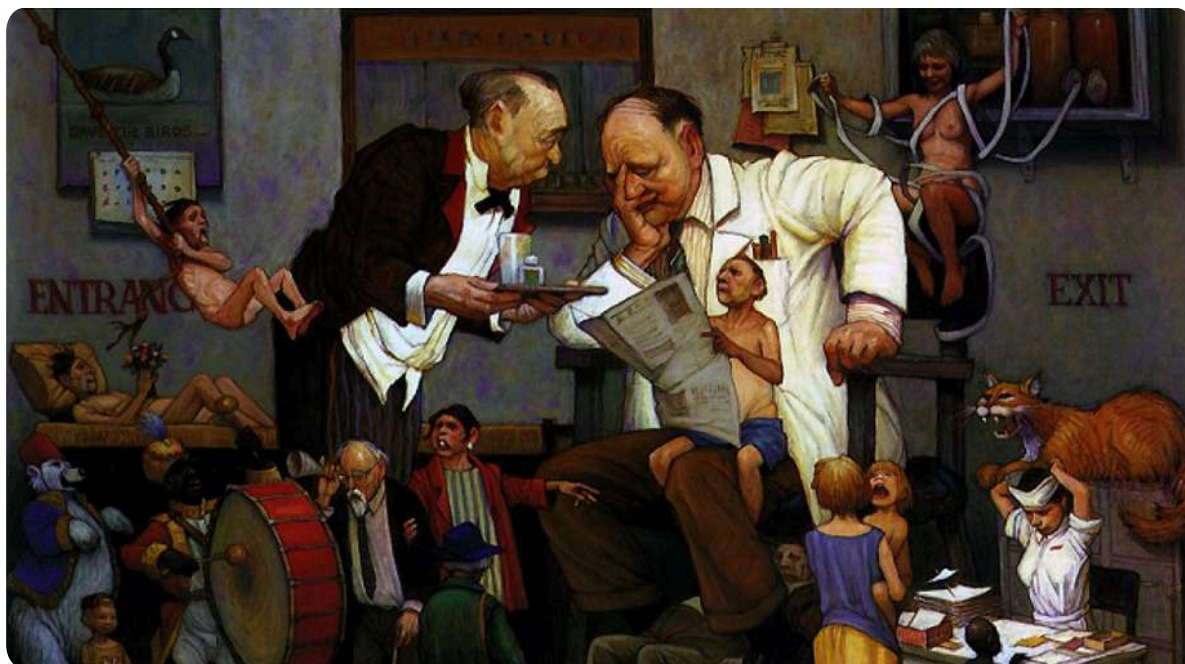
Todavía tengo que contar todo esto, con esta voz, con esta burla, con esta envidia, hasta que alguien me diga:

—Ya. Siéntate. Cuéntame de tu madre.

Y entonces, quizá, empiece el verdadero relato.

LA DECISIÓN

POR DAMIÁN ANDREÑUK



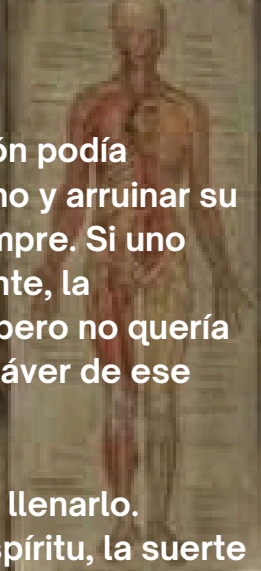
Atravesaba con angustia su tercera noche de insomnio. Estudiaba con minuciosidad, en un rol de científico, los detalles de cada componente. No había tenido tiempo para asimilar el asunto en su totalidad, y ahora una vida, muchas vidas estaban en sus manos.

Caminó por un pasillo extenso de azulejos muy blancos. Pasó pediatría, terapia intensiva, una sala de espera con sillones y un cuadro de la Virgen María. Llegó finalmente al despacho del director:

- Voy a hacerlo —dijo Emilio.
—¿Pensaste bien las consecuencias?
—No duermo desde el viernes por pensarlas.
—Lo más importante es el consentimiento.
—Sí, sé cómo son las cosas.

Diez años de ejercer la medicina no lograron prepararlo para una decisión así. Pero ya la había tomado. Era duro afrontar la realidad. No son las habilidades lo que demuestran lo que somos, sino nuestras decisiones. Todo estaba edulcorado en “Despertares” y “Patch Adams”. La realidad no se condice con un orden coherente, ni con la justicia ni el sentido común, sino con los hechos.





Con una buena intención podía asesinar a un ser humano y arruinar su propia carrera para siempre. Si uno tiene la valentía suficiente, la reputación no importa, pero no quería en su conciencia el cadáver de ese hombre.

El vaso gimió y volvió a llenarlo. Necesitaba aliviar su espíritu, la suerte estaba echada. Sonaba Miles Davis, la moza deambulaba de a ratos. No tenían sentido las cavilaciones; se relajó, se entregó a ese momento. Casi cualquier problema desaparecía volviendo al presente. Una mosca se detuvo en su mesa. Trató de espantarla con su mano, pero ella insistía en quedarse, como si conociera su voluntad y estuviese obstinada en desobedecerla. Quiso rezar, sentir que habría una ayuda extraordinaria que los protegería en el proceso a partir de la primera dosis.

Llamó por teléfono a la esposa de Miguel, si seguían firmes en el “Sí” tendrían que firmar varios papeles.

EL CUERVO Y LA MARIPOSA

POR FRAN AUDIJE



Érase una vez un planeta donde reinaba la primavera, donde la vida era un renacer continuo y constante. Los animales practicaban el cortejo, y formaban colonias numerosas de congéneres, sin parar de hacer el amor unos con otros.

Los vegetales de este planeta florecían sin parar, aportando un colorido panorama, que exhalaba olorosas fragancias de deseo y de dicha.

La destrucción y la corrupción de la naturaleza eran inconcebibles, porque nada ni nadie se oponía al reinado del placer, de la dicha, y del monarca Luz, la princesa lluvia, y la madre tierra. Todo era fertilidad y vida, alegría, gozo, alimento, celebraciones, cantares, bailes, y el regocijo de la cópula y de los orgasmos, los corazones rebosantes de alegría, y la muerte como algo desconocido, como una incógnita legendaria.

Danzaban las mariposas de un lado para otro, aprovechando las corrientes de aire, entre rayos luminosos de los astros celestiales azulados, cuando un remolino de polen arrastró a una de estas mariposas danzantes, dando de bruces contra algo muy duro y frío.



La mariposa alegre, tornose gris, porque fue arrojada al suelo, debido al duro golpe. Trataba de reponerse en el suelo, y de estirar de nuevo sus alas, para alcanzar la libertad, y encontrarse bajo la mirada de un ser extraño, que le transmitió unas sensaciones inquietantes.

Veía unas patas largas, que acababan en unas plumas negras, con una cabeza que sostenía un pico de pájaro bastante fuerte, y dos ojos oscuros, sin fondo ni verdad que trasluciera.

El pajarraco se mantuvo firme, mirando a la mariposa accidentada. En un momento dado, trató de picarla con su enorme y portentoso pico, pero, la mariposa, alarmada, batió sus alas como pudo, para escapar del monstruoso pájaro:

-Ha llegado tu hora, mariposa, no intentes escapar, se acerca el mal tiempo...

-¿De dónde vienes, pájaro de mal agüero? Desconocía que pudiera existir el mal tiempo, en el país de la primavera.

-Vengo del planeta de la muerte y el exterminio, allí suelo devorar los restos de la primavera finiquitada. Me encantan las mariposas...

-Desconocemos completamente la muerte, en este lado del universo.

Tú debes provenir del planeta Tierra, del que nos han contado cosas horrorosas, pero como aquí vivimos de amarnos, nunca fuimos capaces de comprender que unos seres mataran a otros, o los esclavizaran. Solo conocemos el amor, y la procreación, en esta eterna primavera.

-Se acerca el mal tiempo, mariposa, el tiempo borrascoso. Los bosques arderán, se pudrirá la vegetación, el tiempo de la fiesta y del amor se acaban. Muchos como yo van a venir, porque habrá alimento descompuesto para los carroñeros de nuestra especie

La mariposa, asustada por estas palabras del pajarraco, consiguió huir volando por encima de los matorrales, hacia la luz, de nuevo. Muy afectada se encontraba, sin embargo, y fue a parar a la flor de una rosa amarilla, cuyo color le brindó renovados ánimos. Volvieron el resto de las mariposas a por su congénere, y la envolvieron de alegría, y de cópulas constantes.

La mariposa reina se colocó delante de la mariposita que fue maltratada, y le dijo con palabras de bondad:

-La muerte no existe en nuestro código de vida, porque vivimos para vivir, y solo muere quien no cree en la vida, y solo existe para matar y destruir.

ERICH

FROM
O
M
M



LA SOMBRA DE
PROMETEO

POESÍA

BORRA Y LUZ

POR JUSTINA CABRAL



**Integro lunas,
tazas con borra fría...
partículas soy.**

MORDIDA

POR JUSTINA CABRAL

**La niebla muerde.
Distancia nos habita...
nos resplandece.**

ANALOGÍA (GRUPOS DE ALMAS)

LA SOLEDAD QUE TEJIÓ LA ARAÑA.
ÁLVARO CANTILLANO, ÁNDREA CARBALLO

POR JORGE ROLANDO ACEVEDO

I

***El frío no existe,
lo que existe es la ausencia de
calor.***

***Con los pies sobre la tierra
supiste diferenciar
el trabajo del ocio,
la vivienda del viento,
de la protección social de la
nada.***

***¡Nunca tuviste una
oportunidad!
¡Jamás lo pensaste!***

II

***Sin apego, con un vacío
emocional.***

***No hay por qué repetir
patrones.***

No todo es sangre.

***Cerraste un ciclo: inquietante
creencia.***

***“Una vida sin descendencia es
una vida incompleta”
comentan en el pueblo.***

***¡Hasta aquí llegaron tus pasos,
amigo!***

***El calor no existe,
lo que existe es la ausencia de
frío.***



ENRIQUE

FRANCISCO JOSÉ AUDIJE PACHECO

**Enrique, querido amigo,
No sabes lo que me alegro
Cuando te veo los domingos
A la puerta de la iglesia
Y te saludo un ratito.**

**La gente pasa a tu lado
Como si fueras una piedra.
Algunos te miran con asco,
Otros te dan una moneda
Y ya se consideran santos,
Y muchos se quedan
pensando
Que les deberías dar las
gracias
Porque te perdonan la vida.**

**Tienes la fortuna, Enrique,
De que tu casa es la calle
Del barrio más caro de Madrid,
Donde las cloacas no hieden,
Sino que destilan perfume
A desecho caviar iraní.**

**Y cuando todos en sus casas
Pueden disfrutar de un hogar,
Muy merecido desde luego,
Tú te echas en la acera
Con esperanzas cada noche**

**De que una rata se digne
A compartir lecho contigo.**

**Todo está justificado:
Enrique, eres un enfermo.
Pero nadie se preocupe;
No es dolencia coronaria
Ni tampoco cáncer de pulmón.**

**Tú padeces esquizofrenia,
Por eso mereces desprecio
Y ser tratado cual basura.**

**Enrique, no eres un hombre,
Eres un esquizofrénico
Y mereces tu mendicidad.
Al menos te gusta el fútbol,
Y eres el hombre más feliz
Cuando gana el Real Madrid.**

**Hasta luego, Enrique, me voy,
Yo tengo mis ocupaciones,
Pero debes estar contento,
Pues Cáritas velará por ti.**



RESPIRACIÓN DE SOLES

DANIEL RICARDO JIMÉNEZ BEJARANO

*El corazón, lobotomizado, sigue latiendo su absurda melodía.
La esperanza es un útero carcomido,
y yo, un feto de cenizas que insiste en aprender a respirar.
A los cincuenta y tantos todo es costra y ecos de barro.
Fracasé en todo, hasta en mis propios sueños,
y el aire del pueblo sabe a orina seca en cementerio.
Y aun así..
de la mugre del amanecer crece una flor de adormidera,
que cambia este reino de polvo por otro de barro,
elijo arder en propio fuego,
y sentir que ese incendio, aunque sucio, es mi testamento.
La soledad es un murciélago que encarna
en mi garganta y ríe con complicidad avejentada,
sin embargo, algo se abre como un pétalo de obsidiana,
pulso irreverente de la carne contra el miedo,
respirar es tragarse un sol negro
y ver brotar constelaciones de acecho en las planicies del canto,
es el acto más oscuro: amar lo que duele,
como este amanecer del que todo germina.*



MANIFIESTO: MÁS ALLÁ DEL MARGEN

Prometeo desafió a los dioses y robó el fuego para entregárselo a la humanidad. No fue un acto de insolencia, sino una afirmación trágica de amor por lo humano, por su dignidad y su potencia creadora. En La Sombra de Prometeo, ese fuego no es sólo símbolo de conocimiento, sino una llamada urgente a la emancipación del pensamiento, a la rebelión de la inteligencia contra los dogmas de la época. La sombra que lo acompaña no es ausencia de luz: es el espacio fértil donde arden las ideas marginadas, las voces incómodas, los saberes que se atreven a pensar más allá de lo permitido.

No pretendemos repetir fórmulas, sino abrir grietas... grietas donde irrumpen autores que, por su originalidad, han sido relegados. Voces que no encajan, que desbordan, que vibran con un fuego propio. A ellos —a quienes escriben desde la orilla, desde el margen, desde la diferencia— les damos el lugar que les corresponde: el centro del fuego.

Aquí también confluyen autores de trayectoria, porque creemos en el diálogo entre la experiencia y la innovación, entre la raíz y el salto. Somos un crisol en combustión, donde las ideas se mezclan y se transforman, fundiendo filosofía, literatura, arte, historia, ciencia, psicología, medicina, matemáticas y física en una sola llama.

Porque el fuego no se contiene: fluye, muta, resiste. Queremos llegar a todos los rincones donde haya una mente dispuesta a incendiar sus certezas.

No somos neutros, pero tampoco pretendemos imponer. En nuestras páginas convivirán ideas con las que no coincidimos, textos que no nos representan. Publicamos lo que nos incomoda porque creemos, como Georges Bataille, que “vamos a golpear con la cabeza el borde de los límites”. Porque todo lo que importa sucede justo ahí: en el filo, en la frontera, en el temblor del pensamiento cuando se atreve a cruzar.

Nuestra visión es global: aspiramos a construir una comunidad internacional de creadores, pensadores y escritores que compartan nuestra sed por el conocimiento, nuestra pasión por lo que no tiene nombre aún. Queremos ser faro y campo de batalla. Un lugar donde las ideas no sólo reflejen el mundo, sino que lo empujen más allá.

Rechazamos el pensamiento decorativo, las repeticiones vacías, el discurso ideológico que clausura y moraliza. Estamos cansados de las trincheras. Nos mueve lo que provoca, lo que seduce, lo que rasga. Queremos pensamiento que arda, literatura que sangre, ciencia que dude.

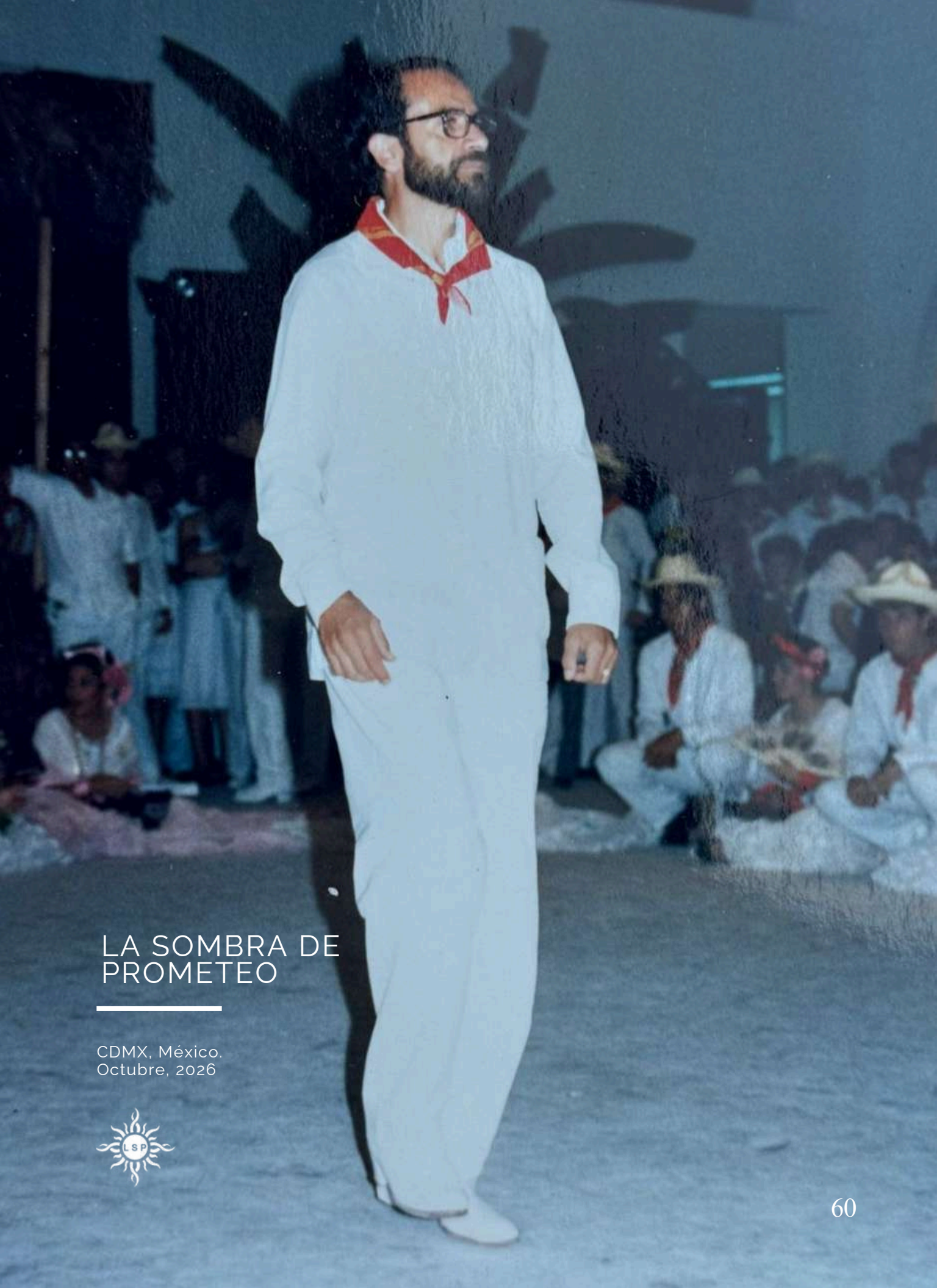
Somos una llama en la sombra. Una insurgencia intelectual. Un llamado a los que piensan distinto, a los que no temen el vértigo, a los que han sentido que el mundo necesita ser pensado de nuevo, desde sus escombros. Aquí caben todos los que aún creen que una idea puede incendiar una época.

Esta es nuestra promesa, nuestra misión y nuestro riesgo.

Pensar más allá del margen.

LA SOMBRA DE PROMETEO





LA SOMBRA DE PROMETEO

CDMX, México.
Octubre, 2026



REVISTA

LA SOMBRA DE PROMETEO

©Todos los derechos reservados
CDMX, México.
Octubre, 2026



©Todos los derechos reservados
CDMX, México.